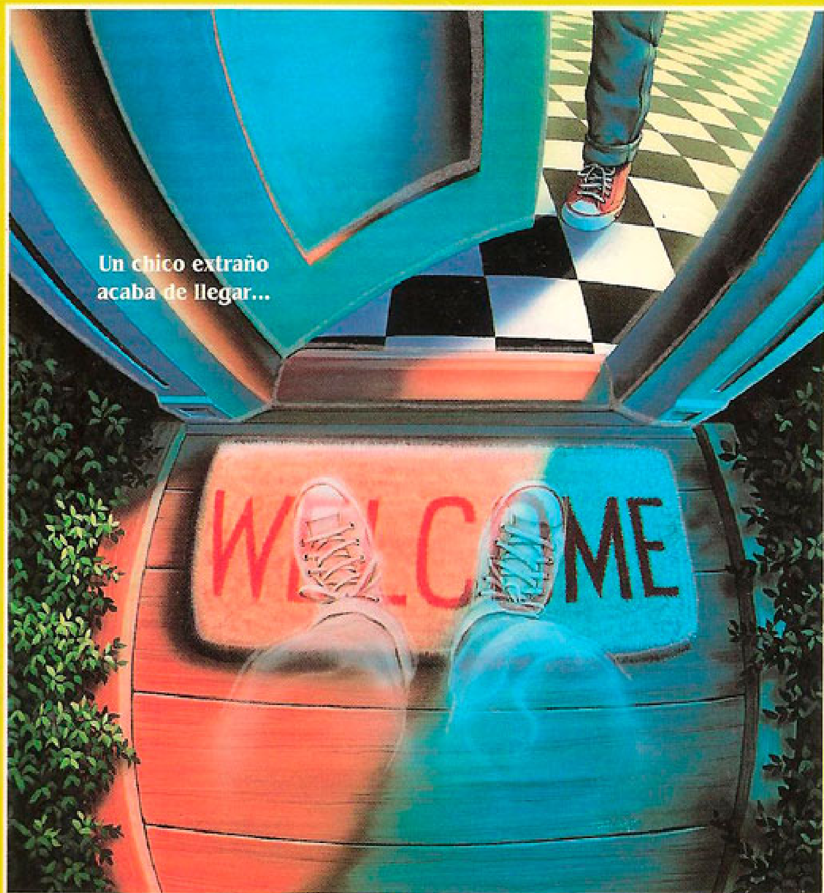
R.L. Stine

Pesadillas

Visita aterradora



Hanna tiene unos vecinos extraños

¿Quién es ese chico que se ha mudado a la casa de al lado? ¿Cuándo se ha instalado allí? ¿Acaso no estaba la casa vacía cuando Hanna se fue a dormir la noche anterior?

¿Por qué continúa pareciendo desierta?

Hanna aún no ha sido capaz de conseguir ninguna respuesta de su vecino, que se esfuma de la manera más rara. Además, está tan pálido... ¿Acaso Hanna está cayendo en el embrujo... del fantasmal vecino?



R. L. Stine

Visita aterradora

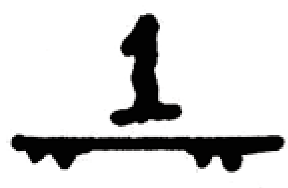
Pesadillas - 11

ePub r1.0
javinintendero 08.03.14

Título original: *Goosebumps #10: The Ghost Next Door*
R. L. Stine, 1993
Traducción: Javier Vico

Editor digital: javinintendero
ePub base r1.0





Qué maravilloso le pareció descubrir que había sido simplemente un sueño.

Hannah se incorporó en la cama, con el corazón latiéndole vertiginosamente y la boca totalmente reseca.

No había llamas que crepitasen ni remolinos de fuego naranja y amarillo que saltasen de un lado para otro.

Ni tampoco humo asfixiante.

Todo había sido un sueño, un horrible sueño. Muy real, pero al fin y al cabo un sueño.

«¡Caray! Ha sido horrible de verdad», pensó Hannah.

Luego se recostó sobre la almohada y esperó a que el corazón dejara de latir tan apresuradamente; alzó los ojos azul grisáceo hacia el techo, fijándose en lo blanco que éste estaba.

Hannah tenía grabados en la mente el negro techo chamuscado, el papel de la pared enroscado, las llamas agitándose frente al espejo.

«¡Por lo menos mis sueños no son aburridos!», se dijo. Tras apartar de una patada la ligera manta, miró el reloj del escritorio. No eran más que las ocho y cuarto.

«¿Cómo es posible que sólo sean las ocho y cuarto? —se preguntó—. Me siento como si hubiese estado durmiendo toda la vida. A propósito, ¿qué día es hoy?»

Resultaba difícil llevar la cuenta de aquellos días de verano. Daba la impresión de que los días se fundían unos con otros.

Aquel verano Hannah estaba sola. La mayoría de sus amigos se

habían marchado a pasar las vacaciones con la familia o estaban de campamento.

Era poco lo que podía hacer una chica de doce años en una ciudad pequeña como Geenwood Falls. Leía muchos libros, veía bastante televisión y recorría la ciudad en bicicleta, buscando alguien con quien pasar el rato.

Era aburrido.

Sin embargo, hoy Hannah se había levantado de la cama esbozando una sonrisa.

¡Estaba viva!

La casa no se había incendiado y ella no había quedado atrapada entre el cerco de crepitantes llamas.

Se puso deprisa unos pantalones cortos verdes marca Day-Glo y un top sin mangas naranja chillón. Sus padres siempre la fastidiaban diciéndole que era daltoniana.

«¡Dejadme tranquila! ¿Qué tiene de malo que me gusten los colores vivos?», respondía ella siempre.

Colores vivos. Como las llamas que rodeaban la cama en su sueño.

«Oye, sueño…, ¡piérdete!», susurró, peinándose rápidamente el pelo rubio y corto. Luego bajó al vestíbulo y se dirigió a la cocina. Percibió el olor dé los huevos y el beicon que estaban friendo en la cocina.

—¡Buenos días a todos! —dijo canturreando contenta.

Hasta se alegró de ver a Bill y Herb, sus hermanos gemelos de seis años.

Eran una auténtica pesadilla. Lo más ruidoso y molesto que había en todo Greenwood Falls.

En ese momento estaban pasándose una pelota de goma azul de un extremo a otro de la mesa donde desayunaban.

—¿Cuántas veces tengo que deciros que no juguéis a la pelota dentro de casa? —les gritó la señora Fairchild, volviendo la cara para regañarles.

—Un millón —respondió Bill.

Herb se rió. Bill le parecía muy divertido. La verdad es que los dos pensaban que eran la monda.

Hannah se puso detrás de su madre y la enlazó fuertemente por

la cintura.

—¡Hannah, para! —gritó ésta—. ¡Casi vuelco los huevos!

—¡Hannah, para! ¡Hannah, para! —dijeron los gemelos imitando a su madre.

La pelota rebotó en el plato de Herb, chocó contra la pared, salió disparada hacia la cocina y se quedó a sólo unos centímetros de la sartén.

—Buen tiro, figura —dijo Hannah en tono sarcástico.

Los gemelos soltaron sendas carcajadas.

La señora Fairchild se volvió frunciendo el entrecejo.

—Si la pelota cae en la sartén, ¡os la vais a comer con los huevos! —dijo en tono amenazador, apuntándoles con el tenedor.

Pero los niños se rieron todavía más.

—Hoy están en plan idiota —apuntó Hannah sonriendo. Cuando se reía se le formaba un hoyuelo en las mejillas.

—¿Es que alguna vez están en plan serio? —preguntó su madre tirando la pelota hacia el vestíbulo.

—Pues yo estoy de muy buen humor —declaró Hannah al tiempo que contemplaba a través de la ventana un cielo azul y despejado.

Su madre la miró fijamente con recelo.

—¿Cómo es eso?

—No sé, lo estoy —dijo Hannah encogiéndose de hombros. No tenía ganas de contarle a su madre la pesadilla que había tenido ni lo bien que se sentía simplemente por estar viva. Luego añadió—: ¿Dónde está papá?

—Ha ido a trabajar temprano —respondió la señora Fairchild mientras daba la vuelta al beicon con el tenedor—. Algunos no tenemos todo el verano libre —añadió—. ¿Qué vas a hacer hoy?

Hannah abrió la nevera y sacó un cartón de zumo de naranja,

—Supongo que lo de siempre. Ya sabes, dar vueltas.

—Siento que estés pasando un verano tan aburrido —dijo su madre, suspirando—. Es que no teníamos dinero para enviarte al campamento. Tal vez el próximo verano.

—No te preocupes, mamá —respondió Hannah con prontitud—. Estoy pasando un buen verano, de verdad. —Se volvió hacia los gemelos y les preguntó—: ¿Qué os parecieron los cuentos de

fantasmas de anoche?

—No dan miedo —contestó Herb enseguida.

—No dan nada de miedo. Tus cuentos de fantasmas son tontos —añadió Bill.

—Pues a mí me pareció que estabais bastante asustados —insistió Hannah.

—Estábamos fingiendo —aclaró Herb.

Ella levantó el cartón de zumo de naranja y preguntó:

—¿Queréis?

—¿Tiene pulpa? —preguntó Herb.

Hannah hizo como si leyese el cartón y respondió.

—Sí. Pone «cien por cien pulpa».

—¡Odio la pulpa! —exclamó Herb.

—¡Yo también! —asintió Bill haciendo una mueca.

No era la primera vez que discutían sobre la pulpa mientras desayunaban.

—¿Es que no puedes comprar zumo de naranja sin pulpa? —preguntó Bill a su madre.

—¿Puedes colárnoslo? —preguntó Herb a Hannah.

—En vez de zumo de naranja, ¿puedo tomar de manzana? —preguntó Bill.

—No quiero zumo. Quiero leche —decidió Herb.

En un día normal, esta discusión habría hecho gritar a Hannah. Pero hoy había reaccionado con calma.

—¡Marchando un zumo de manzana y un vaso de leche! —dijo alegremente.

—Sí, no hay duda de que estás de buen humor esta mañana —comentó su madre.

Hannah le pasó a Bill el zumo de manzana y éste no tardó en derramarlo.

Después de desayunar, Hannah ayudó a su madre a limpiar la cocina.

—Hace un día estupendo —dijo la señora Fairchild mirando por la ventana—. No hay ni una nube en el cielo. Parece que vamos a llegar a los treinta y cinco grados.

Hannah se echó a reír. Su madre siempre estaba dando boletines

meteorológicos.

—A lo mejor voy a montar en bici un rato antes de que empiece a apretar el calor —dijo.

Salió por la puerta trasera y respiró hondo. La cálida brisa tenía un olor dulce y fresco. Se quedó mirando dos mariposas de color amarillo y rojo que revoloteaban una junto a otra por el jardín.

Luego dio unos cuantos pasos por el césped en dirección al garaje. Oía el débil zumbido de una cortadora de césped que alguien estaba utilizando en alguna casa de la manzana.

Hannah alzó la mirada para contemplar el cielo azul y despejado. Los rayos de sol le acariciaban la cara.

—¡Eh, cuidado! —gritó una voz con sobresalto.

Hannah sintió un dolor agudo en la espalda.

Al caer al suelo dio un grito sofocado por el miedo.

2

Hannah aterrizó sobre los codos y las rodillas. Rápidamente se volvió para ver qué la había golpeado.

Era un chico en bicicleta.

—¡Lo siento! —gritó el muchacho. Luego saltó de la bicicleta y la dejó caer sobre la hierba—. No te he visto.

«Llevo puestos unos pantalones Day-Glo verdes y un top naranja —pensó Hannah—. ¿Por qué no me ha visto?»

Ella se puso en pie y se limpió las manchas de hierba que tenía en las rodillas.

—¡Guau! —susurró mientras le miraba frunciendo el entrecejo.

—Intenté parar —dijo él quedamente.

Hannah advirtió que tenía el cabello de color rojo intenso, casi tanto como las palomitas rebozadas de caramelo, los ojos marrones y la cara llena de pecas.

—¿Por qué ibas corriendo por mi jardín? —preguntó.

—¿Tu jardín? —repuso él al tiempo que la miraba entornando sus ojos oscuros—. ¿Desde cuándo?

—Desde antes de que yo naciera —respondió Hannah bruscamente.

El se quitó una hoja del pelo y le preguntó, señalando la casa:

—¿Vives ahí?

Hannah asintió con la cabeza.

—¿Y tú dónde vives? —inquirió ella mirándose los codos. Comprobó que estaban sucios, pero no magullados.

—Aquí al lado —respondió él volviéndose hacia la casa de

madera rojiza, estilo rancho, que se encontraba al otro lado del camino de entrada.

—¿Quéee? —exclamó Hannah reaccionando con sorpresa—. ¡Tú no puedes vivir ahí!

—¿Y por qué no? —preguntó él con insistencia.

—Esa casa está vacía —respondió Hannah, mientras le observaba la cara—. Ha estado vacía desde que se mudaron los Dodson.

—Pues ahora no lo está —dijo él—. Yo vivo en ella con mi madre.

Hannah se preguntó cómo era posible que alguien se hubiese mudado a la casa de al lado sin que ella se diese cuenta.

«Ayer estuve jugando aquí con los gemelos —pensó, mirando fijamente al muchacho—. Estoy segura de que esa casa estaba vacía y a oscuras.»

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Danny. Danny Anderson.

Ella le dijo su nombre.

—Supongo que somos vecinos —dijo—. Tengo doce años. ¿Y tú?

—Yo también. —Después se agachó para examinar la bicicleta y retiró una mata de hierba que se había quedado incrustada entre los radios de la rueda trasera.

—¿Cómo es que no te he visto antes? —preguntó él, receloso.

—¿Y cómo es que no te he visto yo a ti? —replicó ella.

Él se encogió de hombros y esbozó una sonrisa que hizo que apareciesen unas arrugas en el rabillo de sus ojos.

—Entonces, ¿te acabas de mudar? —preguntó Hannah intentando llegar hasta el fondo del misterio.

—¡De eso nada! —exclamó él concentrándose en la bicicleta.

—¿No? ¿Cuánto hace que vives ahí? —preguntó Hannah.

—Algún tiempo.

«¡Eso es imposible! —pensó Hannah—. No puede haberse mudado a la casa de al lado sin que yo me haya dado cuenta.»

Pero antes de que pudiera reaccionar, oyó una voz aguda que la reclamaba desde la casa.

—¡Hannah! ¡Hannah! Herb no me quiere devolver mi Gameboy —dijo Bill de pie en el porche trasero, apoyado contra la puerta

mosquitera abierta.

—¿Dónde está mamá? —gritó Hannah a modo de respuesta—. Ella te lo dará.

—Vale.

La puerta mosquitera se cerró de golpe y Bill fue a buscar a la señora Fairchild.

Hannah se volvió de nuevo para seguir hablando con Danny, pero ya había desaparecido.

3

El cartero solía llegar un poco antes de mediodía. Hannah corrió ansiosa hasta el fondo del camino y tiró de la tapa del buzón para abrirlo.

No había ninguna carta para ella. En realidad, no había nada para nadie. Decepcionada, volvió corriendo al dormitorio para escribir una carta de reprimenda a su mejor amiga, Janey Pace.

Querida Janey:

Espero que te lo estés pasando bien en el campamento, pero no demasiado bien, porque has roto tu promesa. Me dijiste que me escribirías todos los días y, hasta ahora, no he recibido ni siquiera una mísera postal.

Estoy tan aburrida que ya no sé qué hacer. No puedes imaginarte lo poco que se puede hacer en Greenwood Falls cuando no hay nadie. ¡Es para morirse!

Veo la tele y leo mucho. ¿Te puedes creer que ya me he leído todos los libros de la lista de lectura para el verano? Papá prometió llevarnos de camping a Miller Woods —¡qué emocionante!—, pero tiene que trabajar todos los fines de semana, así que no creo que nos lleve.

¡Me aburro!

Anoche estaba tan aburrida que salí al jardín con los gemelos, encendí una pequeña hoguera detrás del garaje e hicimos como si estuviéramos en un campamento. Luego les conté varios cuentos de fantasmas espeluznantes.

Ellos no lo quieren reconocer, claro, pero me di cuenta de que se lo pasaban bien. De todas formas, ya sabes cómo me alucinan las historias de fantasmas. Empecé a ver sombras extrañas y cosas moviéndose detrás de los árboles. Supongo que fue muy divertido. Yo me asusté muchísimo.

No te rías, Janey. A ti tampoco te gustan las historias de fantasmas.

La única noticia que te puedo dar es que un chico nuevo se ha mudado a la vieja casa de los Dodson, justo al lado. Se llama Danny y tiene nuestra edad, es pelirrojo y pecoso y me parece bastante mono.

Sólo le he visto una vez. A lo mejor tengo algo más que contarte más adelante.

Pero ahora te toca a ti escribirme. Venga,

Janey, me lo prometiste. ¿Has conocido a muchos chicos guapos en el campamento? ¿Por eso estás tan ocupada que no tienes tiempo para escribirme?

Si no sé nada de ti, espero que se te llene el cuerpo de ortigas, ¡sobre todo en lugares donde no puedas rascarte!

Besos,

Hannah

Hannah dobló la carta y la metió dentro de un sobre. El pequeño escritorio estaba colocado enfrente de la ventana de la habitación. Se inclinó sobre el mueble y vio la casa de al lado.

«¿Será ésa la habitación de Danny?», pensó, mirando hacia el otro lado del camino de entrada. Las cortinas estaban echadas y le impedían ver qué había detrás.

Hannah se puso de pie, se cepilló el cabello y luego bajó con la carta a la puerta principal.

Oyó a su madre regañando a los gemelos en la parte trasera de la casa. Los niños se reían tontamente mientras la señora Fairchild les gritaba. Hannah oyó un fuerte estruendo y luego más risitas tontas.

—¡Voy a salir! —gritó ella abriendo la puerta mosquitera.

Pero pensó que, con tanto jaleo, era posible que no la hubiesen oído.

Hacía una tarde calurosa; ni siquiera soplaba una ligera brisa, y el aire era pesado y húmedo. El padre de Hannah había cortado el césped de la parte delantera el día anterior. Al avanzar por el camino, Hannah percibió el agradable olor que la hierba recién cortada despedía.

Luego dirigió la mirada hacia la casa de Danny. No había señales de vida. La puerta principal estaba cerrada y por el ventanal del salón no se veía a nadie, pues el interior estaba oscuro.

Hannah decidió recorrer a pie las tres manzanas que había hasta el centro de la ciudad y echar la carta en la oficina de Correos.

Suspiró, pensando con tristeza que no tenía otra cosa que hacer. Si iba dando un paseo, al menos mataría algo de tiempo.

La acera estaba cubierta de briznas de hierba cortada, cuyo verdor ya empezaba a adquirir un tono pardusco.

Hannah iba tarareando una canción cuando pasó frente a la casa de ladrillo rojo donde vivía la señora Quilty. Esta se encontraba inclinada en el jardín, arrancando algunas matas de mala hierba.

—Hola, señora Quilty. ¿Cómo está? —dijo Hannah gritando.

La señora Quilty no levantó la cabeza.

«¡Menuda antipática! —pensó Hannah enfadada—. Estoy segura de que me ha oído.»

Hannah cruzó la calle. Se oían los acordes de un piano procedentes de la casa de la esquina. Alguien estaba practicando una pieza de música clásica; se equivocaba una y otra vez en la misma nota y volvía a empezar la pieza.

«Me alegro de que no sean mis vecinos», pensó Hannah sonriendo.

El resto del camino lo hizo canturreando.

La oficina de Correos estaba en un edificio blanco de dos pisos, situado al otro lado de una pequeña plaza, con un asta de la que colgaba una bandera inmóvil debido a la ausencia de viento. En la plaza había un banco, una barbería, una pequeña tienda de comestibles y una gasolinera. Detrás había varios establecimientos más, la heladería Harder y un restaurante llamado Diner.

Dos mujeres salían en ese momento de la tienda de comestibles. A través de la ventana de la barbería, Hannah vio a Ernie, el barbero, sentado en un sillón leyendo una revista.

«Una escena cotidiana de lo más real», pensó meneando la cabeza.

Cruzó la pequeña plaza alfombrada de césped hasta llegar al buzón situado enfrente de la puerta de Correos, y echó la carta. A continuación se volvió para emprender el camino de regreso a casa, pero se detuvo al oír gritar a un hombre, que parecía muy enfadado.

Hannah se percató de que los gritos provenían de la parte trasera de Correos.

4

—¡Eh! —exclamó Hannah. Luego siguió corriendo y añadió—: ¿Qué pasa?

Por detrás, el edificio de Correos daba a un estrecho callejón. Era un lugar retirado donde a los chicos les gustaba ir a pasar el rato.

Hannah vio al señor Chesney, el jefe de Correos, que agitaba el puño mientras amenazaba a un perro callejero pardo y delgado, pero fuerte.

En el callejón había tres chicos. Hannah reconoció entre ellos a Danny. Estaba parado detrás de otros dos, desconocidos para ella.

El perro gemía débilmente con la cabeza gacha. Un chico rubio, alto, muy delgado y con el cabello ralo, cogió al perro con cariño y se inclinó sobre él para calmarlo.

—¡No le tire piedras a mi perro! —le dijo gritando al señor Chesney.

El otro chico dio un paso al frente. Era bajito y robusto, y tenía el pelo oscuro y erizado. Miró al señor Chesney con los puños cerrados.

Danny se apartó lentamente del resto del grupo. Estaba muy pálido y tenía los ojos entrecerrados. Su aspecto revelaba una gran tensión.

—¡Fuera de aquí! ¡Marchaos! ¡Os lo he advertido! —dijo gruñendo el señor Chesney. Era un hombre delgado, rubicundo, totalmente calvo, con un espeso bigote castaño y una nariz puntiaguda. Vestía un traje de lana gris muy ajustado, a pesar del

calor estival.

—¡No tiene derecho a herir a mi perro! —insistió el chico rubio, que seguía meciendo al chucho. El perro ya había empezado a agitar enérgicamente su corto rabo y estaba lamiendo la mano del muchacho.

—Esto es propiedad del Gobierno —replicó rápidamente el jefe de Correos—. Os lo advierto…, largaos de aquí. No es lugar para gamberros como vosotros. —Luego avanzó unos pasos hacia los tres chicos con gesto amenazador.

Hannah se percató de que Danny retrocedía unos metros con cara de miedo. Los otros dos chicos no se movieron del sitio, mientras miraban fijamente al jefe de Correos en son de reto. Hannah advirtió que eran más fornidos que Danny y que aparentaban más edad que él.

—Voy a decirle a mi padre que ha herido a Rusty —dijo el chico rubio.

Dile que has entrado aquí ilegalmente —replicó el señor Chesney—. Y dile también que has sido un maleducado y un irrespetuoso. Y no se te olvide decirle que si vuelvo a cogeros por aquí, pandilla de *punks*, os denunciaré.

¡No somos *punks*! —gritó el chico más corpulento.

A continuación, los tres chicos dieron media vuelta y empezaron a correr callejón abajo. El perro les seguía los talones avanzando en zigzag, al tiempo que agitaba nerviosamente el corto rabo.

El señor Chesney pasó como un huracán delante de Hannah profiriendo maldiciones. Estaba tan enfadado que la empujó al pasar por su lado mientras se dirigía a la entrada de la oficina de Correos.

«Menudo idiota —pensó Hannah agitando la cabeza—. ¿Qué problema tendrá?»

Todos los niños de Greenwood Falls odiaban al señor Chesney, principalmente porque él detestaba a los niños. Siempre estaba gritándoles que dejaran de gandulear por la plaza, o que no pusieran la música tan fuerte, o que no hablaran tan alto, o que no se rieran tanto, o que se fueran de su preciado callejón.

«Se comporta como si fuera el dueño de toda la ciudad», pensó Hannah.

Hannah y un grupo de amigos habían decidido que en Halloween irían a casa del señor Chesney para pintarle las ventanas con esprais. Pero cuando llegó el momento sufrieron una decepción, ya que Chesney se había preparado para recibir a cualquier posible bromista. Lo encontraron apostado ante la ventana de la fachada, empuñando una enorme escopeta.

Hannah y sus amigos se marcharon cada uno por su lado, desilusionados y asustados.

Ella se dio cuenta de que él sabía lo mucho que todos ellos le odiaban.

Y de que, además, no le importaba.

El callejón recobró la tranquilidad. Hannah se dirigió de nuevo a la plaza mientras pensaba en Danny. El miedo había inundado su rostro y se había puesto muy pálido, tanto que se hubiera dicho que iba a desvanecerse de un momento a otro en la intensa luz del sol.

Hannah pensó que los dos amigos de Danny no habían demostrado en absoluto estar asustados. Parecían enfadados y daban la sensación de ser unos tipos duros. O tal vez pretendiesen dar esa imagen porque el señor Chesney estaba tratando de un modo cruel al perro del chico rubio.

Al cruzar la plaza, Hannah buscó alguna señal de vida. Ernie seguía sentado en una silla dentro de la barbería, vivamente iluminada, enfrascado en la lectura de una revista. Una camioneta azul entró en la gasolinera y una mujer desconocida para Hannah se afanaba por llegar al banco antes de que cerrara.

No había rastro de Danny y sus dos amigos.

«Bueno, me iré a casa a ver si pillo *Hospital General*», pensó Hannah suspirando. Luego cruzó la calle y caminó tranquilamente en dirección a su casa.

La acera estaba bordeada de árboles altos: arces, abedules y sasafrases. Eran tan frondosos que casi no dejaban pasar la luz del sol.

Al caminar bajo los árboles, Hannah advirtió que allí hacía más fresco debido a la sombra que éstos producían.

Ya había recorrido media manzana cuando por detrás de un árbol surgió una figura oscura.

Al principio Hannah pensó que se trataba de la sombra

proyectada por el grueso tronco. Pero después se fijó bien y vio la figura con más claridad.

A Hannah se le cortó la respiración y se detuvo.

Miró fijamente, con los ojos entornados, esforzándose en distinguir de quién se trataba.

La figura estaba de pie, cubierta por una sombra azul oscuro. Era un hombre alto y esbelto, vestido de negro, con la cara completamente oculta por la oscuridad.

Hannah sintió que un escalofrío de terror le recorría todo el cuerpo.

«¿Quién será? —se preguntó—. ¿Y por qué viste de ese modo?

»¿Por qué se queda ahí tan quieto en la oscuridad y me mira fijamente desde la sombra?

»¿Es que intenta asustarme?»

Entonces el hombre alzó la mano lentamente y la movió, indicándole a Hannah que se acercara hasta donde él estaba.

Hannah dio un paso atrás. El corazón le latía tan rápidamente que parecía se le iba a salir del pecho.

«¿Hay alguien de verdad?

»¿Una figura de negro?

»¿O es que estoy viendo las sombras que hacen los árboles?»

No estaba segura… Hasta que oyó una voz susurrar:

—Hannah… Hannah…

El susurro era tan seco como la broza de las hojas de los árboles y casi tan suave.

—Hannah… Hannah…

Era una sombra negra y esbelta, con los brazos huesudos, que caminaba a su encuentro mientras susurraba su nombre. El susurro sonaba áspero e inhumano.

—¡No! —gritó Hannah.

Dio media vuelta para emprender la huida, pero las piernas le fallaron; sus rodillas se negaban a doblarse.

Sin embargo, hizo un esfuerzo y se obligó a correr, y empezó a ganar velocidad mientras se preguntaba si la estaría siguiendo.



Hannah cruzó la calle jadeando violentamente sin detenerse a mirar si había tráfico. Iba corriendo y las zapatillas deportivas que llevaba puestas golpeaban con fuerza la acera.

Sólo le quedaba una manzana por recorrer.

«¿Me sigue todavía?», se preguntó Hannah.

Conforme corría bajo los árboles, las sombras que proyectaban iban cambiando y alterándose; se superponían entre sí, se deslizaban unas sobre otras y componían juegos de colores: gris con negro, azul con gris.

—Hannah… Hannah… —sonó otra vez el áspero susurro.

Tan áspero como la muerte.

Seguía llamándola desde las sombras cambiantes.

«Sabe cómo me llamo», pensó tragando saliva para respirar y obligando a sus piernas a seguir en movimiento.

Entonces se detuvo y giró sobre sus talones.

—¿Quién eres? —preguntó jadeante—. ¿Qué quieres?

Pero no hubo respuesta; la figura ya se había desvanecido.

Se produjo un denso silencio, interrumpido tan sólo por la intensa respiración de Hannah.

Ésta miró fijamente la maraña de sombras surgidas al anochecer. Clavó la vista en los arbustos y los setos que había en los jardines de la manzana donde vivía. Luego escudriñó los espacios entre las casas, la oscuridad tras la puerta de un garaje que se encontraba abierta y el oblicuo cuadrado gris de luz que había junto a un pequeño cobertizo.

No estaba. Había desaparecido.

No había señal alguna de la figura vestida de negro que acababa de susurrar su nombre.

—¡Eo! —exclamó en voz alta.

Mientras aún seguía examinando cautelosamente los jardines frontales, decidió que se trataba de una ilusión óptica.

Pero eso era imposible.

Discutió consigo misma y se dijo que una ilusión óptica no la habría llamado por su nombre.

«Ahí no hay nada —se aseguró a sí misma Hannah, mientras recobraba el ritmo normal de respiración—. Nada de nada.

»Te estás inventando más historias de fantasmas. Te estás volviendo a asustar.

»Estás sola y aburrida; por eso dejas volar la imaginación.»

Como se sentía un poco mejor, Hannah optó por ir corriendo hasta casa.

Más tarde, durante la cena, tomó la decisión de no contarles a sus padres lo que le había sucedido con la figura fantasmal. De todos modos, no la iban a creer.

En lugar de eso, Hannah les habló sobre la nueva familia que se había mudado a la casa de al lado.

—¿Sabíais que hay una nueva familia viviendo en la casa de los Dodson?

El señor Fairchild dejó el tenedor y el cuchillo sobre la mesa y, desde el otro lado, miró fijamente a Hannah, Llevaba unas gafas de montura cuadrada de carey.

—Hay un chico de mi edad —informó Hannah—. Se llama Danny. Es pelirrojo y tiene la cara llena de pecas.

—Qué bien —dijo la señora Fairlchild distraídamente, mientras se dirigía a los gemelos para impedir que siguieran empujándose y hacer que se comieran la cena.

Hannah ni siquiera estaba segura de que su madre la hubiese escuchado.

—¿Cómo es posible que se hayan mudado sin que los hayamos visto? —preguntó Hannah a su padre—. ¿Tú has visto un camión de mudanzas o algo parecido?

El señor Fairchild se limitó a coger de nuevo los cubiertos y seguir comiendo pollo asado.

—¿No os parece extraño? —preguntó Hannah con insistencia.

Pero antes de que alguno de ellos pudiese contestar, la silla de Herb se volcó hacia atrás. El niño se golpeó la cabeza contra el suelo de linóleo y empezó a dar berridos.

Su padre y su madre saltaron de sus respectivas sillas y acudieron en su ayuda.

—¡Yo no le he empujado! —dijo Bill a voz en grito—. ¡De verdad! ¡Yo no he hecho nada!

Frustrada por el poco interés que sus padres habían demostrado por las grandes noticias que ella tenía, Hannah llevó el plato a la cocina y luego se marchó a su habitación. Se acercó al escritorio y descorrió las cortinas para mirar por la ventana.

«Danny, ¿estás ahí? —se preguntó dirigiendo la mirada a las cortinas que cubrían la oscura ventana de la habitación del chico—. ¿Qué haces?»

Los días de verano transcurrían lentamente. Hannah apenas podía recordar en qué ocupaba el tiempo.

«Si al menos alguno de mis amigos estuviese aquí… —pensó con melancolía—. Si al menos uno de mis amigos estuviese aquí…

Si al menos uno de mis amigos me escribiese…

»Qué verano tan solitario…»

Siguió buscando a Danny pero parecía que nunca estuviese por el barrio. Cuando por fin una tarde lo vio en el jardín trasero, corrió hacia él para hablarle.

—¡Hola! —saludó con entusiasmo.

Él se entretenía lanzando una pelota de tenis contra la pared trasera de la casa y recogiéndola. Cada vez que la pelota golpeaba la pared de madera de secoya, se oía un sonoro crujido.

—¡Hola! —repitió Hannah corriendo para cruzar el césped.

Danny se volvió, muy sorprendido.

—Ah, hola. ¿Qué tal te va? —Luego se volvió de nuevo hacia la casa y lanzó otra vez la pelota.

Llevaba una camiseta azul y unos pantalones cortos muy anchos a rayas negras y amarillas. Hannah dio varios pasos hasta situarse

junto a él.

La pelota hizo un crac al dar contra la pared justo debajo del canalón, y luego rebotó hasta caer en la mano de Danny.

—No te he visto por aquí últimamente —dijo Hannah con dificultad.

—Ajá —respondió él lacónicamente.

Se oyó otro crac.

—Te vi detrás de la oficina de Correos —añadió Hannah impulsivamente.

—¿Eh? —Danny dio varias vueltas a la pelota en la mano, pero no la lanzó.

—Hace unos días te vi en el callejón con aquellos dos chicos. El señor Chesney es un idiota de verdad, ¿no crees? —dijo Hannah.

Danny rió con disimulo y dijo:

—Cuando grita, toda la cabeza se le pone roja como un tomate.

—Como un tomate podrido —añadió Hannah.

—La verdad es que no entiendo por qué se puso así —dijo Danny después de arrojar la pelota y que ésta produjera otro crac—. Mis amigos y yo… no estábamos haciendo nada. Sólo pasábamos el rato.

—Se cree alguien muy importante —replicó Hannah—. Siempre está presumiendo de ser un empleado federal.

—Sí.

—¿Qué haces este verano? —preguntó ella—. ¿Ir de un lado para otro como yo?

—Algo así —dijo él. No acertó a coger la pelota después de que ésta rebotara en la pared y tuvo que ir a buscarla al garaje.

Al volver a la casa, observó a Hannah como si fuera la primera vez que la veía. De repente, ella se sintió cohibida. Llevaba un top amarillo con manchas de jalea de uva en el pecho y unos pantalones cortos azules de algodón, los más andrajosos que tenía.

Esos dos chicos, Alan y Fred, son los chicos con los que voy casi siempre —dijo Danny—. Los conozco del colegio.

La pared volvió a crujir.

«¿Cómo es posible que tenga amigos del colegio? —se preguntó Hannah—. ¿No acaba de mudarse?»

—¿A qué colegio vas? —preguntó al tiempo que se apartaba

para esquivar a Danny, que caminaba hacia atrás para coger la pelota.

—A la escuela Maple Avenue —contestó él.

Se oyó otro crujido.

—¡Oye! ¡Ahí es donde yo voy! —exclamó Hannah.

«¿Cómo es que nunca le he visto allí?», pensó.

—¿Conoces a Alan Miller? —preguntó Danny volviéndose hacia ella al tiempo que con una mano se protegía los ojos del sol crepuscular.

—No —contestó Hannah meneando la cabeza.

—¿Y a Fred Drake?

—Tampoco. ¿A qué curso vas tú?

—Este año iré a octavo —respondió Danny volviéndose hacia la pared.

—¡Yo también! —dijo Hannah con estusiasmo—. ¿Conoces a Janey Pace?

—No.

—¿Y a Josh Goodman? —preguntó Hannah.

—No, no le conozco —respondió Danny negando con la cabeza.

—Es extraño —dijo Hannah pensando en voz alta.

Danny lanzó la pelota de tenis demasiado fuerte y fue a parar al tejado cubierto con tejas de madera gris. Los dos observaron cómo golpeaba y caía rodando dentro del canalón. Danny suspiró y, mirando al canalón, puso cara de enfado.

—¿Cómo es posible que estemos en el mismo curso y ninguno de nosotros conozca a los amigos del otro? —preguntó con insistencia Hannah.

Él se volvió hacia ella y, rascándose el cabello pelirrojo con una mano, respondió:

—No lo sé.

—¡Qué extraño! —repitió Hannah.

Danny entró en la oscuridad intensamente azul de la casa. Hannah entornó los ojos hasta casi cerrarlos. Le dio la impresión de que Danny desaparecía al penetrar en aquel rectángulo de oscuridad.

«¡Es imposible! —pensó ella—. Le habría visto en la escuela.

»Si estuviésemos en el mismo curso, le habría visto a la fuerza.

»¿Está mintiendo? ¿Quizá se lo está inventando todo?»

Ya había desaparecido por completo en la oscuridad, pero Hannah seguía con los ojos entrecerrados, esperando que se adaptaran a la nueva luz.

«¿Dónde se ha metido? —se preguntó—. Ha vuelto a desaparecer.

»Como un fantasma.»

Un fantasma. La palabra entró con rapidez en su mente y salió de ella a la misma velocidad.

Al aparecer de nuevo, Danny arrastraba una escalera de aluminio a lo largo de la pared trasera de la casa.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Hannah acercándose.

—Coger la pelota —respondió Danny, y empezó a subir por la escalera. Sus zapatillas de deporte Nike blancas sobresalían de los estrechos peldaños metálicos.

Hannah se acercó un poco más.

—No subas ahí —dijo de repente, sobrecogida por una fría sensación.

—¿Eh? —preguntó él cuando ya estaba a media escalera y tenía la cabeza casi al mismo nivel que el canalón.

—Baja, Danny.

Hannah sintió que una sensación de terror se apoderaba de ella. Una intensa sensación instalada en la boca del estómago.

—Soy un buen escalador —repuso él subiendo unos peldaños más—. Subo a todas partes. Mi madre dice que debería estar en un circo o algo así.

Antes de que Hannah pudiese decir nada más, Danny ya había saltado de la escalera y estaba de pie sobre el tejado inclinado, con las piernas muy abiertas y los brazos extendidos.

—¿Lo ves?

Hannah no podía liberarse de aquel presentimiento, de aquella tremenda sensación de pavor.

—Danny…, ¡por favor!

Danny hizo caso omiso de su grito estridente y se inclinó para recoger la pelota de tenis del canalón.

Hannah contuvo la respiración cuando vio que llegaba a la pelota.

De repente, Danny perdió el equilibrio y abrió los ojos con gran sorpresa.

Las zapatillas de deporte resbalaron en las tejas de madera y Danny alzó las manos rápidamente, como si intentara agarrarse a alguna cosa.

Hannah se quedó sin aliento mientras veía, impotente, cómo Danny caía de cabeza desde el tejado.

6

Hannah gritó y cerró los ojos.

«Tengo que conseguir ayuda», pensó.

Con el corazón latiéndole vertiginosamente, hizo un esfuerzo y se obligó a abrir los ojos. Luego miró por el suelo en busca de Danny. Pero, para su sorpresa, vio que estaba de pie justo enfrente, con una sonrisa maliciosa dibujada en la cara.

—¿Ehhh? —dijo Hannah con una sofocada exclamación de asombro—. ¿Estás…, estás bien?

Danny asintió sin borrar aquella sonrisa burlona.

«No ha hecho nada de ruido —pensó Hannah mirándole fijamente—. Ha aterrizado sin hacer el menor ruido.»

—¿Te encuentras bien? —preguntó de nuevo, cogiéndole por el hombro.

—Sí, estoy bien —respondió Danny tranquilamente—. Mi apellido es Temerario. Me llamo Danny Temerario Anderson. Así es como mi madre me llama siempre. —A continuación se pasó la pelota de una mano a otra como si tal cosa.

—¡Me has dado un susto de muerte! —dijo Hannah gritando. El miedo que había pasado se estaba convirtiendo poco a poco en rabia—. ¿Por qué has hecho eso?

Él se echó a reír.

—Podías haberte matado —dijo ella.

—Nada de eso —replicó él con suma tranquilidad.

Ella frunció el entrecejo y clavó la mirada en los ojos castaños de Danny.

—¿Y siempre haces cosas como ésa? ¿Te dedicas a caerte de los tejados sólo para asustar a la gente?

Danny amplió aún más la sonrisa, pero no dijo nada. Se alejó unos metros de donde ella estaba y lanzó la pelota de tenis hacia la casa.

Volvió a oírse otro crac.

—Te estabas cayendo de cabeza —dijo Hannah—. ¿Cómo te lo has montado para caer de pie?

Danny rió entre dientes y contestó maliciosamente:

—Magia.

—Pero…, pero…

—¡Hannah! ¡Hannah! —La niña se volvió y vio a su madre, que la estaba llamando desde el porche trasero.

—¿Qué quieres? —preguntó gritando.

Un nuevo crac.

Tengo que salir y tardaré una hora en regresar. ¿ Puedes venir y encargarte de Bill y Herb?

Hannah se volvió hacia Danny.

—Tengo que irme. Hasta luego.

—Hasta luego —dijo él sonriéndole con su cara pecosa.

Otro crac.

Mientras cruzaba el camino corriendo hacia su casa, Hannah oyó el sonido de la pelota al chocar contra la pared de madera de secoya. Y volvió a imaginarse a Danny cayendo de cabeza desde el tejado.

«¿Cómo lo habrá hecho? —se preguntó—. ¿Cómo ha caído de pie tan silenciosamente?»

—Sólo estaré fuera una hora —dijo su madre buscando en el bolso las llaves del coche—. ¿Qué tiempo hace? Parece que va a nublarse y que esta noche lloverá.

«Otra previsión del tiempo», pensó Hannah poniendo los ojos en blanco.

La señora Fairchild encontró las llaves y cerró el bolso.

—No dejes que se maten si puedes evitarlo —dijo.

—Ese era Danny —le dijo Hannah—. El chico nuevo de la casa de al lado. ¿Le has visto?

—No, lo siento —respondió la señora Fairchild al tiempo que se

apresuraba a montar en el coche.

—¿No le has visto? —gritó Hannah.

La puerta mosquitera se cerró de golpe.

Bill y Herb aparecieron y tiraron de Hannah hasta obligarla a entrar en su dormitorio.

—¡Toboganes y Escaleras! —dijo Bill en tono exigente.

—Sí, juguemos a Toboganes y Escaleras —repitió Herb.

Hannah puso los ojos en blanco. Odiaba aquel juego. ¡Era tan estúpido!

—De acuerdo —accedió, suspirando. Luego se tendió en la alfombra junto a sus hermanos.

—¡Yupiii! —gritó Bill, feliz, abriendo el tablero de juego—. ¿Vas a jugar?

—Sí, jugaré —dijo Hannah con desgana.

—¿Y podemos hacer trampas? —preguntó Bill.

—¡Sí! ¡Hagamos trampas! —insistió Herb entusiasmado, haciendo muecas.

La cena había terminado y los gemelos se encontraban en el piso de arriba, discutiendo con sus padres quién debía bañarse primero. Ambos odiaban bañarse y siempre luchaban por ser el último.

Hannah ayudó a quitar la mesa y luego se fue al salón. Al dirigirse a la ventana, pensó en Danny.

Tras descorrer las cortinas, apoyó la frente en el frío cristal de la ventana y cruzó el camino con la mirada hasta llegar a la casa de Danny.

El sol había descendido hasta situarse detrás de los árboles. En esos momentos, la casa de Danny se encontraba sumida en profundas y oscuras sombras. Las ventanas estaban cubiertas con cortinas y persianas.

Hannah cayó en la cuenta de que en realidad nunca había visto a nadie dentro de la casa. Jamás había visto a Danny entrar o salir.

Nunca había visto a nadie salir de la casa.

Hannah se apartó de la ventana mientras le daba vueltas al pensamiento que acababa de tener. Recordó la mañana en que conoció a Danny, después de que él la atropellara en el jardín trasero. Habían estado hablando… y luego él se había desvanecido.

Recordó que le había dado la impresión de que desaparecía al adentrarse en las sombras de la casa, que ella había tenido que forzar mucho la vista para conseguir verle, y que, cuando se cayó del tejado y aterrizó silenciosamente en el suelo, parecía flotar en el aire.

Tan silenciosamente como un fantasma.

«Hannah, ¿qué estás pensando? —se regañó—. ¿Estás inventándote otro cuento de fantasmas?»

De repente se sintió abrumada por las preguntas que empezaban a agolparse en su mente: ¿Cómo era posible que Danny y su familia se hubiesen instalado en la casa de al lado sin que ella se hubiera dado cuenta? ¿Cómo era posible que él asistiese al mismo colegio que Hannah, al mismo curso, y que ella nunca le hubiera visto?

¿Cómo es que ella no conocía sus amigos ni él a los de ella?

«Es todo tan extraño —pensó Hannah—. No me lo estoy imaginando. No me lo estoy inventando.

»¿Y si resulta que Danny es un fantasma de verdad?»

Si al menos tuviese a alguien con quien hablar de Danny. Pero sus amigos estaban todos fuera. Y sus padres seguro que nunca harían caso de una idea tan descabellada.

«Tendré que demostrarlo yo misma —decidió—. Le estudiaré. Seguiré un método científico. Le observaré. Le espiaré.

»Sí, voy a espiarle —decidió finalmente—. Miraré por la ventana de la cocina.»

Salió por el porche trasero y cerró la puerta mosquitera tras de sí.

Hacía una noche cálida y tranquila. En el cielo azul cobalto brillaba un pálido cuarto de luna sobre el jardín trasero.

Hannah cruzó el jardín dando largas y rápidas zancadas, y en ese momento los grillos empezaron a emitir su estridente canto. La casa de Danny aparecía amenazante ante ella, baja y oscura con el cielo como fondo.

La escalera todavía permanecía apoyada contra la pared trasera.

Hannah cruzó el camino que separaba el jardín de su casa del de la casa de Danny. Con el corazón en un puño, avanzó sigilosamente y subió los tres escalones de cemento que daban al porche trasero. La puerta de la cocina estaba cerrada.

Avanzó hasta la puerta, pegó la cara al cristal de la ventana y, al mirar dentro de la cocina…, se quedó sin respiración.

7

Hannah se había quedado sin respiración porque Danny la estaba mirando desde el otro lado de la cocina.

—¡Oh! —gritó, casi cayéndose de espaldas del estrecho porche.

Dentro de la casa estaba Danny con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

Hannah vio detrás de Danny varios platos de color amarillo brillante dispuestos en una mesa. Una mujer alta y esbelta, con el cabello rubio —seguramente la madre de Danny— estaba sacando algo del microondas para colocarlo sobre el banco de la cocina.

La puerta se abrió de pronto. Danny asomó la cabeza sin borrar la expresión de sorpresa de su rostro.

—Hola, Hannah. ¿Qué pasa?

—Nada. Yo…, eh…, en realidad…, nada… —tartamudeó ella. Notó mucho calor en las mejillas, lo que le indicó que se estaba sonrojando.

Danny la miró con ojos penetrantes e hizo una mueca doblando la boca hacia arriba.

—¿Qué? ¿Quieres entrar o no? —preguntó—. Mi madre va a servir la cena, pero…

—¡No! —exclamó ella gritando demasiado—. No…, quiero decir…, yo…

Hannah se dio cuenta de que se estaba comportando como una verdadera idiota.

Tragó saliva mientras se fijaba en la expresión maliciosa de Danny.

«Se está riendo de mí», pensó.

—¡Hasta luego! —gritó. Luego saltó del porche torpemente, tanto que a punto estuvo de caerse al suelo, y, sin mirar atrás, salió corriendo a toda velocidad en dirección a su casa.

«¡Nunca me había sentido tan incómoda! —pensó tristemente—. ¡Nunca!»

Cuando al día siguiente por la tarde vio a Danny salir de casa, Hannah se escondió detrás del garaje. Al observar que descendía a pie por el camino, empujando la bicicleta, notó que las mejillas le ardían y volvió a sentirse totalmente avergonzada.

«Si voy a ser una espía, será mejor que actúe con más frialdad —se dijo—. Anoche perdí la calma. Me entró miedo.

»No volverá a suceder.»

Vio que Danny montaba en la bicicleta y, sin sentarse, pedaleaba hasta llegar a la calle. Sin separarse de la pared del garaje, esperó a ver qué dirección tomaba. Luego entró rápidamente en el garaje y cogió su bicicleta.

Comprobó que se dirigía hacia la ciudad, tal vez para reunirse con sus dos amigos.

«Dejaré que coja ventaja y después le seguiré», pensó Hannah.

Esperó al pie del camino, sentada a horcajadas en la bicicleta, observando a Danny hasta que desapareció al doblar por la siguiente manzana.

Cuando empezó a pedalear, el sol se filtraba a través de los árboles que flanqueaban la calle. Le siguió, manteniendo un pedaleo lento y continuo. Como de costumbre, la señora Quilty estaba fuera quitando las malas hierbas del jardín. Esta vez, Hannah no se molestó en saludarla.

Un pequeño terrier blanco la persiguió a lo largo de media manzana, ladrando ruidosamente por la excitación, hasta que al final decidió renunciar a seguirla al ver que Hannah se alejaba pedaleando con más fuerza.

Ante sus ojos apareció el patio del colegio. Había varios niños jugando al *softball* en el campo situado en una esquina. Hannah buscó a Danny, pero no estaba allí.

Siguió hasta llegar al centro de la ciudad. Los cálidos rayos del

sol le acariciaban la cara. De repente se puso a pensar en Janey.

«Tal vez reciba hoy una carta de ella», pensó.

Le habría gustado que Janey estuviese allí para ayudarla a espiar a Danny. Hannah sabía que las dos juntas hubieran formado un estupendo equipo de espías. Si Janey hubiese estado con ella la noche anterior, ella no habría perdido la calma.

Llegó a la plaza principal. Una suave brisa hacía ondear la bandera colocada en lo alto de la pequeña oficina de Correos, pintada de blanco. Había varios coches aparcados enfrente de la tienda de comestibles. Dos mujeres con bolsas de comida estaban charlando en el bordillo.

Hannah frenó y puso los pies en el suelo. Se protegió los ojos del sol con una mano y a continuación buscó a Danny.

«Danny, ¿dónde estás? —pensó— ¿estás con tus amigos? ¿Dónde te has metido?»

Pedaleó varios metros hasta cruzar la pequeña plaza cubierta de césped en dirección a la oficina de Correos. Chocó contra el bordillo y lo subió sin detenerse; después tomó por el lateral del edificio y se dirigió al callejón.

Pero el callejón estaba silencioso y vacío.

—Danny, ¿dónde estás? —dijo en voz alta y con sonsonete—. ¿Dónde estáaas?

«Sólo me llevaba una manzana de ventaja —pensó, rascándose la cabeza—. ¿Es que se ha vuelto a esfumar?»

Volvió pedaleando a la plaza y miró el interior de la heladería Harder y del restaurante.

Ni rastro de él.

—Hannah, ¡eres una gran espía! —dijo riendo.

Tras exhalar un suspiro de derrota, dio media vuelta y puso rumbo a casa.

Cuando casi había llegado, vio una sombra que se movía.

—¡Ha vuelto! —dijo al darse cuenta.

Cambió de marcha y empezó a pedalear con más fuerza. Por el rabillo del ojo vio que la sombra se deslizaba cruzando el césped de la casa de la señora Quilty.

La oscura figura flotaba silenciosamente sobre el césped y se dirigía hacia ella.

Hannah pedaleó aún con más fuerza.

«Ha vuelto. Jamás lo habría imaginado.

»Es auténtico.

»Pero ¿qué puede ser?»

Se puso de pie y siguió pedaleando cada vez más deprisa.

Sin embargo, la figura ganó velocidad y, flotando sin ningún esfuerzo, se deslizó junto a ella.

Hannah se volvió y vio que la figura estiraba los brazos para cogerla.

El terror la dejó sin respiración.

De repente, las piernas le parecieron pesadas como rocas.

«No…, ¡no puedo moverme!», pensó.

La sombra pasó sobre su cabeza. Un súbito escalofrío le recorrió todo el cuerpo.

La sombra con forma humana extendió sus brazos negros como palos en un intento de alcanzar a Hannah.

«Su cara…, ¿por qué no puedo ver su cara?», se preguntó Hannah haciendo ímprobos esfuerzos por mantenerse en movimiento.

La sombra hizo oscurecer el brillante sol que lucía aquel día. Todo era oscuridad bajo ella.

«No debes pararte. Sigue adelante», se dijo Hannah.

La negra figura permanecía suspendida en el aire junto a ella, con los brazos tendidos.

Boquiabierta por el pánico que la embargaba, Hannah vio unos ojos rojos y brillantes que relucían como ascuas en la oscuridad.

—Hannah… —susurró la sombra—. Hannah…

«¿Qué quiere de mí?»

Se esforzó en seguir pedaleando, pero las piernas no le respondían.

—Hannah… Hannah…

El áspero susurro parecía rodearla, envolverla en terror.

—Hannah…

—¡No! —gritó ella al notar que empezaba a caerse.

Se esforzó en mantener el equilibrio.

Pero era demasiado tarde.

Ya estaba cayéndose y no podía detenerse.

—Hannah… Hannah…

Extendió ambos brazos para amortiguar la caída.

—¡Ufff!

Cayó con todo el cuerpo de lado y el dolor que sintió le dejó sin respiración.

Y un instante después, la bicicleta se desplomó encima de ella.

La figura, la sombra de rojos y relucientes ojos avanzó hacia ella para apresarla.

—¡Hannah! ¡Hannah!



—¡Hannah! ¡Hannah!

El susurro se convirtió en un grito.

—¡Hannah!

Sintió un dolor punzante en el costado e hizo un gran esfuerzo por recuperar el aliento.

—¿Qué quieres? —consiguió gritar—. ¡Déjame en paz! ¡Por favor!

—¡Hannah! ¡Soy yo!

Levantó la cabeza y vio a Danny, de pie frente a ella. Estaba montado a horcajadas en su bicicleta, sujetando fuertemente el manillar y mirándola con el rostro tenso por la preocupación.

—Hannah…, ¿te encuentras bien?

—¡La sombra…! —gritó ella, aturdida.

Danny dejó la bicicleta en el suelo y cruzó rápidamente el césped. Levantó la bicicleta que había quedado encima de Hannah y la colocó junto a la suya. Luego intentó cogerla por las manos.

—¿Estás bien? ¿Puedes levantarte? He visto que te caías. ¿Te has dado contra una piedra o algo así?

—No —dijo Hannah sacudiendo la cabeza en un intento de aclarar sus pensamientos—. La sombra… quería cogerme y…

La expresión del rostro de Danny se llenó de perplejidad.

—¿Qué? ¿Quién dices que intentó cogerte? —preguntó mientras inspeccionaba con la mirada los alrededores y volvía a fijar la vista en Hannah.

—Sabía cómo me llamo —dijo Hannah jadeante—. Me llamaba

una y otra vez. Y me seguía.

Danny la examinó frunciendo el entrecejo.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? ¿Estás mareada? Tal vez sería mejor que fuese a buscar ayuda.

—No…, yo…, eh… —Miró fijamente a Danny y añadió—: ¿Tú no le has visto? Iba vestido de negro. Tenía los ojos rojos, brillantes…

Danny negó con la cabeza sin dejar de examinarla con ojos cautelosos.

—Sólo te he visto a ti —respondió él en voz baja—. Ibas pedaleando a toda máquina y te has caído.

—¿No has visto a nadie vestido de negro? ¿Un hombre que me estaba persiguiendo?

Danny volvió a hacer un gesto negativo.

—No había nadie más en la calle, Hannah. Sólo yo.

—Quizá me haya golpeado en la cabeza —murmuró Hannah levantando las manos hasta tocársela.

Danny extendió una mano y dijo:

—¿Puedes levantarte? ¿Estás herida?

—Sí…, creo que sí puedo.

Hannah dejó que él la ayudara a ponerse de pie. Notó que el corazón le seguía palpitando y que le temblaba todo el cuerpo. Entornó los ojos y buscó los jardines de las casas sin apartar la mirada de los amplios círculos de sombra que formaban los viejos árboles del vecindario.

No se veía a nadie.

—¿De verdad que no has visto a nadie? —preguntó ella muy bajito.

Él dijo que no con la cabeza.

—Sólo a ti. Estaba mirando desde allí —dijo señalando el bordillo.

—Pero yo creía que… —repuso Hannah con un hilo de voz. Se dio cuenta de que se estaba sonrojando.

«Qué situación tan molesta —pensó—. Seguro que cree que estoy como una cabra.

»¡A lo mejor lo estoy!», exclamó para sus adentros.

—Ibas muy deprisa —dijo él recogiendo la bicicleta de Hannah

—. ¡Y hay tantas sombras entre los árboles! Y como estabas asustada, a lo mejor te has imaginado que veías a un hombre vestido de negro.

—Tal vez —replicó Hannah débilmente.

Pero la verdad es que no era eso lo que creía…

Al día siguiente por la tarde, cuando Hannah corrió hasta el buzón, en el cielo había nubes blancas que, al desplazarse, ocultaban el sol. Se oía ladrar un perro en algún lugar de la manzana.

Levantó la tapa del buzón y miró dentro con ansiedad.

La mano resbaló por la superficie metálica.

No había correo. Nada en absoluto.

Suspiró, decepcionada, y cerró de golpe el buzón. Janey le había prometido que le escribiría todos los días. Llevaba fuera varias semanas y Hannah todavía no había recibido ni siquiera una postal.

Ninguno de sus amigos le había escrito.

Mientras regresaba, caminando con dificultad, Hannah echó un vistazo a la casa de Danny. Las nubes blancas se reflejaban en el cristal del gran ventanal del salón.

Hannah se preguntó si Danny estaría en casa. No le había visto desde la mañana del día anterior, cuando se había caído de la bicicleta.

«El espionaje no está yendo demasiado bien», se dijo suspirando.

Miró de nuevo el ventanal de la fachada y retomó el camino que llevaba a la casa.

«Voy a escribirle a Janey otra vez —decidió—. Tengo que contarle lo de Danny y la horrible figura negra, y las cosas tan extrañas que han estado sucediendo.»

Oyó a los gemelos discutiendo a gritos en el estudio qué vídeo de dibujos animados querían ver. Su madre les estaba sugiriendo que en vez de eso salieran al jardín a jugar.

Hannah se dirigió a toda prisa a su habitación. Cogió papel y bolígrafo.

En el dormitorio hacía un calor sofocante y, además, había dejado una pila de ropa sucia encima del escritorio, así que decidió escribir la carta fuera, en el jardín.

Poco después, se instaló bajo el enorme arce situado en el centro del jardín delantero. El cielo se hallaba cubierto por un manto de nubes altas. El sol intentaba asomar por entre aquella luminosidad blanca. El árbol viejo y frondoso la protegía, ofreciéndole una confortable sombra.

Hannah bostezó. No había dormido bien la noche anterior.

«Tal vez eche una siesta después —pensó—. Pero primero tengo que escribir la carta.»

Apoyó la espalda en el sólido tronco y empezó a escribir.

Querida Janey:

¿Cómo estás? Espero de verdad que te hayas caído en el lago y que te hayas ahogado. Esa sería la única excusa válida para no haberme escrito en todo este tiempo.

¿Cómo has podido abandonarme aquí de ese modo? El próximo verano, sea como fuere, me voy de campamento contigo.

Por aquí están sucediendo cosas muy extrañas. ¿Recuerdas que te hablé de un chico que se ha mudado a la casa de al lado? Se llama Danny Anderson y es bastante mono. Es pelirrojo y pecoso, y tiene los ojos marrones, aunque su mirada resulta un tanto inquietante.

No te rías, Janey…, pero creo que Danny… ¡es un fantasma!

Puedo oír tus carcajadas, pero no me importa. Cuando vuelvas a Greenwood Falls ya tendré pruebas para demostrártelo.

Por favor, no les digas a tus compañeras de cuarto que tu mejor amiga está alucinando totalmente hasta que hayas leído el resto de la carta. Estas son las pruebas que hasta ahora tengo:

1.Danny y su familia aparecieron de repente en la casa de al lado. No les he visto mudarse, a pesar de que he estado en casa cada día. Mis padres tampoco les han visto.

2.Danny dice que va a Maple Avenue, y que el curso que viene estará en octavo, como nosotras. Pero ¿cómo es posible que nunca le hayamos visto? Va con dos chicos que yo nunca había visto antes. Y cuando le pregunté, no conocía a ninguno de mis amigos.

3.A veces desaparece. Hace simplemente pufff… y desaparece. ¡No te rías! Y el otro día se cayó del tejado y aterrizó de pie ¡sin hacer nada de ruido! Te lo digo de verdad, Janey, estoy preocupada.

4.Ayer me persiguió una horrible sombra y me caí de la bicicleta. Y cuando me volví, la sombra había desaparecido y Danny estaba en su lugar. Y…

Oh, oh. Esto empieza a sonar como una auténtica locura. Ojalá estuvieras aquí para poder explicártelo mejor. En una carta todo suena muy tonto. Como si estuviera realmente mal de la azotea o algo parecido.

Sé que te estás riendo de mí. Bueno, puedes seguir.

A lo mejor no echo esta carta. Es que no me apetece que empieces a hacer bromas o que me la recuerdes el resto de mi vida.

Así que ya basta de hablar sobre mí.

¿Cómo lo estáis pasando en el bosque? Espero que te haya mordido una serpiente y que todo el cuerpo se te haya hinchado, y que sea ése el motivo de que no me hayas escrito ni una mísera carta.

Como no sea así, ¡te mataré cuando vuelvas! ¡De verdad!

¡Escríbeme!

Besos,

Hannah

Después de bostezar ruidosamente, Hannah dejó caer el bolígrafo al suelo. Se recostó contra el tronco del árbol y leyó lentamente la carta.

«¿Es demasiado disparatada para mandarla? —se preguntó—. No. Tengo que enviarla. Tengo que contarle a alguien lo que está pasando. Es todo demasiado extraño como para mantenerlo en secreto.»

El sol había conseguido finalmente abrirse camino entre las nubes. Las hojas del árbol donde estaba apoyada proyectaban sombras cambiantes que se reflejaban en la carta y en el regazo de Hannah.

Miró hacia la cegadora luz del sol y… se quedó sin respiración, perpleja al ver una cara que la estaba mirando fijamente.

—¡Danny!

—Hola, Hannah —dijo él quedamente.

Hannah le miró con los ojos entrecerrados. Todo el cuerpo de Danny estaba rodeado por la luz solar y daba la impresión de que resplandecía.

—No…, no te había visto —balbuceó Hannah—. No sabía que estabas ahí. Yo…

—Dame la carta, Hannah —dijo Danny con suavidad, pero insistentemente. Luego extendió una mano para cogerla.

—¿Eh? ¿Qué has dicho?

—Dame la carta —exigió Danny con más firmeza—. Dámela ahora mismo, Hannah.

Ella sujetó la carta con fuerza mirándole fijamente. Tuvo que protegerse los ojos con una mano. El sol resplandeciente parecía brillar a través de su cuerpo.

Danny permanecía flotando en el aire, con una mano extendida.

—La carta. Dámela —le insistió.

—Pero… ¿por qué? —preguntó Hannah con voz trémula.

—No puedo dejar que la mandes —le contestó Danny.

—¿Por qué, Danny? Es mi carta. ¿Por qué no puedo mandársela a mi amiga?

—Porque has descubierto la verdad sobre mí —dijo él—. Y no permitiré de ninguna de las maneras que se lo cuentes a nadie.



—Así que tengo razón —dijo Hannah en voz baja—. Eres un fantasma.

Una fría sensación de miedo recorrió todo su cuerpo y la hizo estremecer.

«¿Desde cuándo estás muerto, Danny?

»¿Qué haces aquí? ¿Has venido para perse¬guirme?

»¿Qué vas a hacerme?»

Varias preguntas acudieron a su mente. Pre¬guntas aterradoras.

—Dame la carta, Hannah —insistió Danny—. Nadie debe leerla. Nadie debe enterarse de lo que pasa.

—Pero, Danny… —protestó ella mirándole, mirando a un fantasma.

La dorada luz del sol fluía a través de la imagen de su cuerpo, que en algunos momentos relucía y luego desaparecía.

Ella levantó una mano para protegerse los ojos.

Él brillaba con tal intensidad que resultaba muy difícil poder mirarlo.

—¿Qué me vas a hacer, Danny? —preguntó Hannah cerrando los ojos con fuerza—. ¿Qué me vas a hacer ahora?

Él no contestó.

Al abrir los ojos, Hannah vio dos caras en vez de una.

Dos caras haciendo muecas.

Los gemelos estaban señalándola y riéndose.

—Estabas dormida —dijo Bill.

—Estabas roncando —dijo Herb.

—¿Eh? —Hannah pestañeó varias veces en un intento de aclarar sus pensamientos. Tenía el cuello agarrotado y le dolía la espalda.

—Así es cómo roncabas —dijo Herb. Acto seguido, empezó a aspirar y a emitir unos repugnantes sonidos.

Los dos niños se tiraron al césped dominados por un ataque de risa. Rodaron por el suelo echándose uno encima de otro, hasta que iniciaron una improvisada pelea de lucha libre.

—He tenido un mal sueño —dijo Hannah más para sí misma que dirigiéndose a sus hermanos, pues éstos no la escuchaban.

Se puso en pie y estiró los brazos por encima de la cabeza, intentando desentumecer su tenso cuello.

—¡Uf! —exclamó, pensando que quedarse dormida sentada y apoyada contra el tronco de un árbol era una idea nefasta.

Hannah lanzó una mirada hacia la casa de Danny.

«¡Ha sido un sueño tan real! —pensó, sintiendo un escalofrío que le bajaba por la espalda—. ¡Tan espantoso!»

—Gracias por despertarme —les dijo a los gemelos. No le oyeron. Iban corriendo hacia el jardín de atrás.

Hannah se agachó y recogió la carta.

La dobló por la mitad y se dirigió a la puerta principal.

«A veces los sueños dicen la verdad —pensó con los hombros todavía doloridos—. A veces los sueños te dicen cosas que no podrías saber de ninguna otra forma.

»Averiguaré la verdad sobre Danny —afirmó solemnemente—. Averiguaré la verdad aunque me mate.»

Al día siguiente por la noche, Hannah decidió ir a ver si Danny estaba en casa.

«Tal vez le apetezca ir a Harder a tomar un helado», pensó.

Después de decirle a su madre adónde iba, salió y cruzó el jardín de atrás.

Había llovido durante todo el día y la hierba brillaba por la humedad. Al caminar, notaba bajo las zapatillas de deporte que la tierra estaba empapada y blanda. Una pálida media luna asomaba entre jirones de nubes negras. El aire de la noche era fresco y húmedo.

Hannah cruzó el camino y se detuvo dubitativa unos metros

antes de llegar al porche de Danny. Por la ventana de la puerta trasera se veía un cuadrado de débil luz amarilla.

Recordó la escena vivida unas noches antes, cuando se encontró de pie ante esa misma puerta y se sintió totalmente avergonzada al abrir Danny la puerta y no ocurrírsele nada que decir.

«Por lo menos esta vez sé lo que voy a decir», pensó.

Respiró profundamente y se dirigió al cuadrado de luz del porche. A continuación llamó dando unos golpecitos en la ventana de la puerta de la cocina.

Permaneció a la espera unos instantes. La casa estaba en silencio.

Volvió a llamar a la puerta.

Sólo obtuvo silencio por respuesta. No se oyeron pasos que indicaran que alguien iba a abrir la puerta.

Hannah se inclinó ligeramente hacia delante y miró hacia el interior.

—¡Oh! —exclamó, sorprendida.

La madre de Danny estaba sentada ante la mesa de cocina amarilla, de espaldas a Hannah, con el cabello brillando a la luz que emitía una lámpara baja colgada del techo. Asía con ambas manos una taza de café humeante.

«¿Por qué no abre la puerta?», se preguntó Hannah.

Dudó si hacerlo o no, pero al final levantó el puño y golpeó fuertemente la puerta varias veces.

A través de la ventana, comprobó que la madre de Danny no reaccionaba a las llamadas en absoluto. La mujer levantó la taza blanca hasta acercarla a sus labios y dio un largo trago, todavía de espaldas a Hannah.

—¡Abra la puerta! —dijo Hannah a voz en grito.

Volvió a llamar y dijo:

—¡Señora Anderson! ¡Señora Anderson! ¡Soy yo…, Hannah! ¡De la casa de al lado!

Situada bajo el cono de luz, la madre de Danny dejó la taza blanca sobre la mesa amarilla. Pero no se volvió. No se movió de la silla.

—¡Señora Anderson…!

Hannah alzó la mano para volver a llamar, pero enseguida la

bajó. Se daba por vencida.

«¿Por qué no me oye?», se preguntó, mirando los delgados hombros de aquella mujer y contemplando cómo le brillaba el cabello, que caía sobre el cuello de la blusa.

«¿Por qué no acude a la puerta?», volvió a preguntarse Hannah.

Y entonces, el miedo que sintió al responder ella misma a sus propias preguntas le produjo un intenso estremecimiento.

«Ya sé por qué no me oye —pensó, retirándose de la ventana—. Ya sé por qué no abre la puerta.»

Hannah, asustadísima, dejó escapar un débil gemido. A continuación se apartó de la luz y se alejó de la casa buscando la seguridad de la noche.

10

Temblando de pies a cabeza, Hannah se cubrió el pecho con ambas manos, como si intentara protegerse de los pensamientos aterradores que la acechaban.

«La señora Anderson no me oye porque no es una persona real.

»No es real. Es un fantasma.

»Como Danny.

»Tengo por vecinos a una familia de fantasmas.

»Y aquí estoy yo, en este jardín oscuro, intentando espiar a un chico que ni siquiera está vivo. Aquí estoy, sin dejar de temblar y muerta de miedo, intentando demostrar algo de lo que ya estoy segura. Es un fantasma. Y su madre también.

»Y yo…, yo…»

La luz de la cocina se apagó y toda la parte trasera de la casa de Danny quedó completamente a oscuras.

La pálida luz de la media luna iluminaba tenuemente la hierba húmeda y brillante. Hannah se quedó de pie escuchando atentamente el silencio, en un intento de arrancar de su mente los espantosos pensamientos que la abrumaban, hasta que notó como si la cabeza fuera a explotarle.

«¿Dónde está Danny?», se preguntó.

Cruzó el camino y volvió a casa. Oía música y voces procedentes del televisor del salón. Y también oía la risa de los gemelos, que salía de la ventana de su habitación, en el piso de arriba.

«Fantasmas —pensó, observando las ventanas iluminadas. Estas le parecieron ojos brillantes que la miraban fijamente—. Fantasmas.

»¡Yo no creo en fantasmas!»

El pensamiento la hizo sentirse un poco menos asustada. De pronto se dio cuenta de que tenía la garganta seca y la piel pegajosa debido al aire caliente de la noche.

Volvió a pensar en los helados. Ir a Harder y comprarse un cucurucho doble parecía una idea fenomenal.

«Helado con galleta», pensó Hannah. Casi podía saborearlo.

Corrió hacia casa para decirles a sus padres que iba al centro. Pero se detuvo ante la puerta del salón. Sus padres, iluminados por el reflejo de la pantalla del televisor, se volvieron expectantes.

—¿Qué ocurre, Hannah?

Tuvo un repentino impulso de contarles todo lo sucedido. Y así lo hizo.

—Los que se han mudado a la casa de al lado no están vivos —dijo atropelladamente—. Son fantasmas. ¿Conocéis a Danny, el chico de mi edad? Es un fantasma. ¡Sé que lo es! Y su madre…

—Hannah, por favor…, estamos intentando ver el programa —dijo su padre señalando el televisor con una lata de Coca-Cola *light* en una mano.

«No me creen», pensó ella.

Y luego se regañó a sí misma: «Claro que no me creen. ¿Quién se iba a creer una historia tan loca?»

Una vez en su habitación, cogió un billete de cinco dólares de la cartera y lo colocó dentro del bolsillo de los pantalones cortos. Luego se cepilló el pelo, examinándose el rostro en el espejo.

«Tengo buen aspecto —pensó—. No tengo aspecto de estar loca.»

Tenía el pelo húmedo por el aire de la noche.

«A lo mejor me lo dejo crecer —pensó mientras contemplaba la forma que dibujaba alrededor de su cara—. Así al menos tendría algo que enseñar cuando acabe el verano.»

Al dirigirse hacia la puerta principal, oyó varios golpetazos que venían del piso de arriba.

«Los gemelos deben de estar peleándose en su habitación», pensó Hannah, meneando la cabeza.

Acabó de bajar la escalera y salió de la casa. Hacía una noche cálida y húmeda. Luego cruzó corriendo el jardín delantero hasta

llegar a la acera y emprendió el camino rumbo a la heladería Harder.

Las altas farolas de estilo antiguo proyectaban círculos de blanca luz azulada a lo largo de la calle. Suaves ráfagas de viento hacían temblar los árboles, que susurraban a medida que Hannah avanzaba por la acera.

«Fantasmas en la acera», pensó Hannah estremeciéndose. Parecía como si los árboles extendieran sus frondosas ramas para atraparla.

Al acercarse al centro de la ciudad sintió que una sensación de espanto se apoderaba de ella. Después de dejar atrás la oficina de Correos, cuyas ventanas estaban tan oscuras como el cielo, aceleró el paso.

La plaza principal estaba desierta. No habían dado todavía las ocho y ya no había coches circulando por la ciudad ni nadie en las calles.

—¡Menudo pueblucho! —murmuró.

Llegó al banco y entró en Elm Street. La heladería Harder se encontraba en la siguiente esquina, y se distinguía desde lejos porque en la cristalera había un enorme cucurucho de neón que proyectaba una brillante luz roja sobre la acera.

«Al menos Harder sigue abierto de noche», pensó Hannah.

Se acercó al pequeño establecimiento y vio que la puerta de entrada, de vidrio, estaba abierta. Era toda una tentación.

Se detuvo a poca distancia de la puerta.

De repente, la sensación de miedo se volvió insoportable. Sentía frío en todo el cuerpo, a pesar del calor de la noche, y las rodillas le temblaban.

«¿Qué me pasa? —se preguntó—. ¿Por qué me siento tan rara?»

Estaba mirando el interior de la heladería a través de la luz roja de neón cuando de repente apareció una figura.

Y después otra. Y otra más.

Se precipitaron hacia la luz, con el rostro desencajado por el pánico.

Hannah miró sorprendida y reconoció a Danny justo enfrente, seguido de Alan y Fred.

Cada uno llevaba un cucurucho.

Salieron corriendo de la tienda y después se inclinaron hacia delante como si intentaran huir lo más rápido posible. Se oía el ruido sordo que hacían al golpear fuertemente el pavimento de la acera con sus zapatillas de deporte.

Hannah oyó gritos de enfado que salían del interior del establecimiento.

Sin darse cuenta, se había acercado a la puerta.

Aunque la oscuridad había hecho que los perdiera de vista, aún seguía oyendo a los tres chicos corriendo calle abajo.

Se disponía a dar media vuelta cuando… notó que algo le golpeaba con fuerza por detrás.

—¡Ahhh! —gritó al desplomarse sobre el duro pavimento.



Al caer sobre la acera, Hannah se golpeó los codos y las rodillas y perdió el conocimiento.

Empezó a sentir un intenso dolor por todo el cuerpo.

«¿Qué ha pasado?

»¿Qué me ha golpeado?»

Jadeante, alzó la cabeza a tiempo para ver pasar al señor Harder como una centella, gritando con todas sus fuerzas para que los chicos se detuvieran.

Hannah se puso en pie lentamente.

«¡Jo! —pensó—. Harder está enfadado de verdad.»

Ya de pie, con las rodillas temblorosas por el dolor y el corazón latiéndole todavía a toda velocidad, siguió con la mirada al dueño de la heladería.

«Al menos podría haberse disculpado por tirarme al suelo», pensó enfadada.

Luego se inclinó ligeramente hacia delante para examinar las rodillas a la luz del establecimiento. Se preguntaba si se habría hecho alguna herida, pero comprobó que sólo había sufrido pequeñas magulladuras.

Después de limpiarse los pantalones cortos, vio que el señor Harder se apresuraba a volver a la tienda. Era un hombre bajo y grueso, con rizos canosos alrededor de una cara rosada y redonda. Llevaba puesto un largo delantal blanco, que ondeaba movido por el viento. Caminaba con los puños apretados, balanceando los brazos a ambos lados del cuerpo.

Hannah se retiró de la luz y se escondió detrás de un árbol grande.

Unos instantes después oyó que el señor Harder, situado detrás del mostrador, se quejaba en voz alta a su esposa.

—¿Qué les pasa a esos chicos? —vociferaba—. Piden helados y se van corriendo sin pagar. ¿Es que no tienen padres? ¿Es que no tienen a nadie que les enseñe lo que está bien y lo que está mal?

La señora Harder murmuró algo para calmar a su marido. Hannah no pudo oír qué le decía.

Los gritos furiosos del señor Harder todavía resonaban en el aire cuando Hannah salió furtivamente de detrás del árbol y echó a andar en la misma dirección que habían tomado los chicos.

«¿Por qué Danny y sus amigos habrán hecho algo tan estúpido? —se preguntó—. ¿Y si les hubieran pillado? ¿Vale la pena ser arrestado y fichado por la policía sólo por un cucurucho de helado?»

Había recorrido ya media manzana, pero aún seguía oyendo al señor Harder vociferar con rabia. Hannah empezó a correr, ansiosa por alejarse de aquella voz irritada. Le dolía la pierna izquierda.

De pronto, el aire se volvió sofocante, pesado y húmedo. El sudor le adhería el pelo a la frente.

Se imaginó a Danny huyendo de la tienda, con el cucurucho en la mano. Se imaginó la expresión de pánico dibujada en su rostro en el momento de la huida, con Alan y Fred detrás de él, haciendo los tres un ruido sordo al golpear con las zapatillas de deporte el pavimento de la acera.

Ahora ella también corría, sin saber con certeza por qué.

Todavía sentía dolor en la rodilla izquierda. Había salido de la plaza y corría dejando atrás casas a oscuras y jardines.

Al doblar una esquina, quedó iluminada por el cono de luz blanca proyectado por una farola. Vio más casas y algunos porches que tenían la luz encendida. No había un alma en la calle.

«Qué ciudad tan pequeña y aburrida», volvió a pensar.

Al ver a los tres chicos, se detuvo bruscamente. Estaban a media manzana, agazapados tras unos setos altos y tupidos.

—¡Eh! ¡Chicos! —musitó.

Luego corrió rápidamente hacia ellos. Al acercarse vio que los

tres estaban riéndose y disfrutando de los helados.

No la habían visto. Hannah se adentró en las profundas sombras del otro lado de la calle y, sin abandonar la oscuridad, se acercó sigilosamente hasta llegar al jardín situado justo al otro lado de la calle y se escondió detrás de un arbusto grande y tupido.

Fred y Alan se empujaban en broma, disfrutando del triunfo conseguido sobre el dueño de la heladería. Danny estaba de pie apoyado contra el seto, chupando el cucurucho en silencio.

—Harder tenía esta noche una oferta especial —señaló Alan en voz alta—. ¡Helado gratis!

Fred soltó una carcajada y dio una fuerte palmada en la espalda de Alan.

Luego los dos se volvieron hacia Danny. Sus rostros aparecían pálidos y verduscos a la luz de una farola.

—Tenías cara de estar cagado de miedo —le dijo Alan a Danny —. Pensé que ibas a vomitar.

—Eh, ¿qué dices? —repuso Danny con seguridad—. Fui el primero en salir. Sois tan lentos que pensé que tendría que volver a rescataros.

—Sí, segurísimo —replicó Fred en tono sarcástico.

Hannah se dio cuenta de que Danny se hacía el duro para ser como ellos.

—Ha sido emocionante —dijo Danny arrojando al seto lo que le quedaba del cucurucho—. Pero quizá sería mejor que fuésemos con cuidado. Ya me entendéis, no dejarnos ver por un tiempo.

—Oye, que no hemos robado ningún banco ni nada parecido —dijo Alan—. Sólo han sido unos helados.

Fred le dijo algo a Alan que Hannah no pudo oír, y los dos chicos se enzarzaron en una pelea al tiempo que emitían agudas risitas tontas.

—Eh, chicos…, no tan fuerte —advirtió Danny—. Es que…

—Volvamos a Harder —sugirió Alan—. ¡Yo quería dos bolas de helado!

Fred soltó una carcajada y chocó la palma de su mano contra la de Alan. Danny se unió a las risas.

—Eh, chicos, deberíamos irnos —les dijo Danny.

Pero antes de que sus amigos pudieran responder, la calle se

llenó de luz.

Hannah se volvió y vio dos focos de luz intensa que se dirigían hacia ellos.

Eran los faros delanteros de un coche.

«Es la policía —pensó Hannah—. Los han pillado. Los han pillado a los tres.»

12

El coche se detuvo.

Hannah miró con curiosidad desde detrás del arbusto.

—Eh, chicos… —dijo el conductor llamándolos con voz ronca, al tiempo que sacaba la cabeza por la ventanilla del coche.

Hannah se percató de que no era la policía y exhaló un largo suspiro de alivio.

Los tres muchachos se quedaron inmóviles. La débil luz de la farola permitió a Hannah ver que el conductor era un hombre mayor, de pelo cano, que llevaba gafas.

—No estamos haciendo nada, sólo charlamos —dijo Fred.

—¿Sabe alguno por dónde se coge la carretera 112? —preguntó el hombre. La luz interior del coche se encendió y Hannah vio que el hombre sostenía con una mano un mapa de carreteras.

Fred y Alan rieron aliviados. Danny siguió mirando fijamente al conductor con expresión de temor.

—La carretera 112 —repitió el hombre.

—Siga por Main Street —dijo Alan, señalando la dirección en la que estaba el coche—, suba dos manzanas y luego tuerza a la derecha.

La luz interior del coche se apagó. El hombre les dio las gracias y se marchó.

Los chicos siguieron mirando el coche hasta que desapareció en la oscuridad. Fred y Alan chocaron las manos. Luego Fred empujó a Alan hacia el seto y todos rieron de forma despreocupada.

—Eh, mirad dónde estamos —dijo Alan sorprendido.

Los chicos se volvieron en dirección al camino del jardín. Hannah, desde su escondite al otro lado de la calle, miró al lugar que Alan había señalado.

Al final del seto había un buzón alto de madera apoyado sobre un poste, que tenía en la parte de arriba la cabeza de un cisne tallada a mano con dos alas que sobresalían graciosamente de ambos lados.

—Es la casa de Chesney —dijo Alan caminando a lo largo del seto hacia el buzón. Cogió las alas con las dos manos y añadió—: ¿No os parece increíble este buzón?

—Seguro que lo ha tallado él mismo —dijo Fred riendo tontamente—. Qué tío más idiota.

—Y seguro que está muy contento y orgulloso de haberlo hecho —dijo Alan mofándose. Levantó la tapa, miró el interior y añadió—: Vacío.

—¿Quién va a querer escribirle? —dijo Danny intentando parecer tan duro como sus dos amigos.

—Oye, Danny, tengo una idea —dijo Fred. A continuación se colocó detrás de él y empezó a empujarle hacia el buzón.

—¡Jo! —protestó Danny.

Sin embargo, Fred siguió empujándole hasta llegar al buzón.

—Ahora veremos lo fuerte que eres —dijo Fred.

—Eh, espera un momento… —gritó Danny.

Hannah, que aún estaba escondida detrás del arbusto, se asomó un poco.

«¡Jo, tío! —murmuró para sí—. ¿Qué se les habrá ocurrido hacer ahora?»

—Coge el buzón —oyó que Alan le ordenaba a Danny—. ¡A que no te atreves!

—Sí, a ver si eres capaz —añadió Fred—. ¿Recuerdas lo que nos dijiste sobre los retos, Danny? ¿Que tú siempre los aceptabas?

—Sí. Nos dijiste que tú nunca rechazas un desafío —insistió Alan maliciosamente.

Danny vaciló un momento.

—Hombre, yo…

Hannah sintió en la boca del estómago una intensa sensación de temor. De pronto, al ver a Danny avanzar hacia el buzón tallado a

mano del

señor Chesney, tuvo un presentimiento: la sensación de que algo terrible estaba a punto de suceder.

«Tengo que detenerlos», decidió.

Respiró profundamente y salió de detrás del arbusto.

Empezó a llamarles, pero enseguida se hizo una oscuridad total.

—¡Oye! —gritó.

¿Qué había sucedido?

Su primer pensamiento fue que la farola se había apagado.

Pero entonces Hannah vio justo enfrente dos círculos rojos que brillaban con intensidad.

Dos ojos relucientes rodeados de oscuridad.

Una figura espectral se elevó varios metros ante ella.

Hannah intentó gritar, pero su voz se perdió en la espesa oscuridad.

Intentó correr, pero la figura le bloqueó el paso. Los ojos rojos se habían clavado en los de Hannah.

Y la figura empezó a acercarse. Cada vez más.

«Esta vez me ha atrapado», se dijo Hannah, segura de lo que iba a ocurrir a continuación.

13

—Hannah… —susurró la figura—. Hannah…

Estaba tan cerca que percibía su aliento cálido y acre.

—Hannah… Hannah…

El susurro era como un crujido de hojas secas.

Los ojos de color rubí refulgían como el fuego. Hannah sintió que la oscuridad la rodeaba, la envolvía hasta apretarla.

Sólo fue capaz de decir un «por favor» con voz sofocada.

—Hannah…

Y unos instantes después se hizo la luz de nuevo.

Hannah pestañeó e hizo un esfuerzo para aspirar un poco de aire.

Aún tenía metido en la nariz el olor acre. Pero ahora la calle estaba perfectamente iluminada.

Las luces de un coche la iluminaron por completo.

Hannah se dio cuenta de que la figura espectral había desaparecido. Las luces la habían ahuyentado.

¿Acaso volvería?

Después de pasar el coche, Hannah se dejó caer al suelo, detrás del tupido arbusto, e hizo un gran esfuerzo para recobrar el aliento. Cuando volvió a alzar la mirada, vio que los chicos seguían agazapados enfrente del seto del señor Chesney.

—Vámonos —insistió Danny.

—Nada de eso. Aún no —dijo Alan colocándose frente a Danny para impedirle el paso—. Te olvidas de nuestro desafío.

Fred empujó a Danny hacia el buzón y dijo:

—Adelante, cógelo.

—Oye, esperad un momento —dijo Danny, revolviéndose—. Nunca he dicho que lo haría.

—Te dije que no serías capaz de llevarte el buzón de Chesney —le provocó Fred—. ¿Es que no te acuerdas? ¿No nos dijiste que tú nunca rechazabas un desafío?

Alan sonrió y apuntó:

—Mañana, cuando Chesney salga, pensará que su cisne ha volado.

—No, esperad… —protestó Danny—. Tal vez sea una mala idea.

—Es una idea guay. Chesney es un mierda —insistió Alan—. Todo el mundo en Greenwood Falls le odia a muerte.

—Coge el buzón, Danny —le dijo Fred en

tono desafiante—. Arráncalo. Venga. A que no te atreves…

—No, yo…

Danny intentó retroceder, pero Fred lo sujetaba desde atrás por los hombros.

—¿Te da miedo? —dijo Alan desafiándole.

—Vaya un gallina —dijo Fred con voz infantil y burlona—. Clo-clo-clo…

—No soy un gallina —dijo Danny muy enfadado.

—Demuéstralo —exigió Alan. Cogió las manos de Danny y las levantó hasta ponerlas sobre las alas talladas que sobresalían a ambos lados del buzón.

—Adelante. Demuéstralo.

—¡Esto sí que es guay\ —dijo Fred—. El buzón del jefe de Correos… se va a escapar volando.

«No lo hagas, Danny —pensó Hannah desde su oscuro escondite al otro lado de la calle—. Por favor…, no lo hagas.»

En ese momento, los faros delanteros de otro coche iluminaron la calle y los tres muchachos se apartaron del buzón. El coche pasó sin aminorar la marcha.

—Vámonos. Se está haciendo tarde —oyó Hannah decir a Danny.

Pero Fred y Alan insistían, metiéndose con él y desafiándole.

Cuando Hannah dirigió la mirada hacia la luz blanca de la farola, vio a Danny caminar hacia el buzón de Chesney y cogerlo

por las alas.

—Danny, espera —gritó.

El pareció no oírla.

Emitió un sordo quejido y empezó a tirar con fuerza.

El buzón no se movía.

Bajó las manos hasta el poste y lo rodeó fuertemente con ambas manos, justo debajo de la caja.

Volvió a tirar.

—Está clavado muy hondo —dijo a Alan y Fred—. No sé si podré arrancarlo…

—Inténtalo otra vez —insistió Alan.

—Te ayudaremos —dijo Fred colocando las manos encima de las de Danny.

—Tiremos todos juntos —pidió con insistencia Alan—. A la de tres.

—¡Yo no lo haría si estuviera en vuestro lugar! —exclamó una voz ronca detrás de ellos.

Los tres chicos se volvieron y vieron que el señor Chesney les observaba desde el camino de la casa, con el ceño fruncido y emitiendo un furioso gruñido.

14

El señor Chesney cogió a Danny por los hombros y lo apartó del buzón.

Al hacerlo, Danny arrancó una de las alas de madera y la dejó caer al suelo cuando el señor Chesney le empujó a un lado.

—¡Gamberros! —dijo balbuceando el señor Chesney, con los ojos abiertos como platos por la rabia que sentía—. Sois unos…

—¡Déjele en paz! —gritó Hannah desde el otro lado de la calle. Pero el miedo apagó su voz y el grito se transformó en un susurro.

Danny se libró del hombre con un gruñido estruendoso.

Sin decir una sola palabra, los tres chicos echaron a correr a toda velocidad por el centro de la calle oscura, haciendo un ruido sordo al golpear fuertemente el pavimento con las zapatillas de deporte.

—¡Me acordaré de vosotros! —gritó el señor Chesney tras ellos —. Me acordaré de vosotros. Ya nos veremos las caras. Y la próxima vez, ¡cogeré la escopeta!

Hannah vio que el señor Chesney se agachaba para recoger el ala de madera rota y la examinaba meneando la cabeza con gesto de enfado.

Luego Hannah empezó a correr en la misma dirección que los chicos, recorriendo oscuros jardines de casas ocultos tras setos y arbustos bajos.

Al poco rato los vio doblar una esquina, sin dejar de correr. Manteniéndose a una distancia prudencial, Hannah les siguió y cruzó la plaza principal, que a esa hora estaba desierta y a oscuras.

Incluso la heladería Harder había cerrado y las luces del interior ya estaban apagadas, contrastando con el resplandor rojo del letrero del escaparate.

Dos perros callejeros grandes y desgarbados, flacos y peludos, cruzaron la calle frente a los chicos, trotando lentamente, dispuestos a iniciar su acostumbrado paseo nocturno. Al pasar los tres amigos junto a ellos, los perros no les prestaron atención alguna.

A medio camino de la siguiente manzana, vio a Fred y a Alan desplomarse al pie de un árbol oscuro y tumbarse despatarrados en el césped, riendo tontamente mientras dirigían la mirada al cielo.

Danny se hallaba apoyado contra el tronco de un árbol y jadeaba ruidosamente.

Fred y Alan no podían dejar de reír.

—¿Visteis la cara que puso cuando esa estúpida ala se cayó? —preguntó Fred gritando.

—¡Pensé que se le iban a salir los ojos! —exclamó Alan divertidísimo—. ¡Creí que la cabeza le iba a explotar!

Danny no participaba de las risas. Se frotó suavemente el hombro derecho y dijo:

—Me ha hecho daño de verdad cuando me ha cogido por el hombro.

—¡Deberías denunciarle! —sugirió Alan.

Fred y Alan se desternillaron de risa y se sentaron para chocar las manos.

—No, de verdad —dijo Danny quedamente sin dejar de frotarse el hombro—. Me ha hecho daño de verdad. Cuando me cogió y me dio la vuelta, pensé que…

—Qué mierdoso —dijo Fred meneando la cabeza.

—Tendremos que devolvérsela—añadió Alan—. Tendremos que hacerlo.

—Quizá sería mejor no acercarse a su casa —dijo Danny respirando todavía con dificultad—. Ya oísteis lo que dijo de coger su escopeta.

Los otros dos chicos se rieron despectivamente.

—Sí, claro. Seguro que saldría detrás de nosotros con una escopeta —dijo Alan mofándose mientras se quitaba de su pelo ralo algunas briznas de césped.

—El respetable jefe de Correos de la ciudad disparando a unos niños inocentes —dijo Fred riendo con disimulo—. Imposible. Sólo trataba de asustarnos. ¿Verdad, Danny?

Danny dejó de frotarse el hombro y miró con el entrecejo fruncido a Alan y Fred, que seguían sentados en el césped.

—No lo sé.

—¡Oooh, Danny está asustado! —gritó Fred.

—No tendrás miedo de ese viejo imbécil, ¿verdad? —inquirió Alan—. Que te cogiera por el hombro no quiere decir que…

—No lo sé —interrumpió Danny enfadado—. A mí me pareció que el viejo había perdido bastante el control. ¡Estaba tan cabreado! No sé, a lo mejor es capaz de dispararnos para proteger su maravilloso buzón.

—Apuesto a que podríamos cabrearlo mucho más —dijo Alan con calma, poniéndose de pie y mirando fijamente a Danny.

—Sí, apuesto a que podríamos —asintió Fred sonriendo burlonamente.

—A menos que seas un gallina, Danny —dijo Alan en tono desafiante acercándose a Danny.

—Yo…, se está haciendo tarde —dijo éste intentando ver en la oscuridad qué hora marcaba su reloj—. Le prometí a mi madre que volvería pronto a casa.

Fred se puso en pie y se colocó junto a Alan.

—Deberíamos darle una lección a Chesney —dijo limpiándose las briznas de hierba que se le habían pegado en los téjanos. Sus ojos brillaban maliciosamente a la tenue luz—. Deberíamos enseñarle a no meterse con niños inocentes.

—Sí, tienes razón —convino Alan mirando a Danny—. Le ha hecho daño a Danny y no tenía ningún derecho a cogerlo así.

—Tengo que volver a casa. Ya nos veremos mañana —dijo Danny mientras se despedía con la mano.

—Vale, hasta mañana —gritó Fred.

—¡Al menos esta noche hemos conseguido helados gratis! —exclamó Alan.

Al marcharse Danny a paso rápido, Hannah oyó a Alan y Fred emitir sus agudas risitas tontas y escandalosas.

«Helado gratis —pensó frunciendo el entrecejo—. Esos dos

chicos se están buscando serios problemas.»

No podía seguir aguantando. Tenía que hablar con Danny.

—¡Oye! —gritó, corriendo para alcanzarle.

Danny dio media vuelta, sorprendido, y dijo:

—Hannah, ¿qué haces aquí?

—Te…, te he seguido desde la heladería —confesó.

El rió con disimulo y preguntó:

—¿Lo has visto todo?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Por qué vas con esos dos chicos? —preguntó con insistencia.

Danny frunció el entrecejo al tiempo que evitaba los ojos de Hannah y reanudó el paso.

—Son legales —murmuró.

—Un día de éstos se van a meter en un buen lío —predijo Hannah—. Seguro que sí.

Danny se encogió de hombros.

—Sólo se hacen los duros de boquilla. Creen que es muy de hombres. Pero son buenos chicos. De verdad.

—Pero robaron helados y…

Hannah decidió que ya había hablado suficiente.

Cruzaron la calle en silencio.

Hannah alzó la mirada y vio desaparecer la pálida media luna detrás de negros jirones de nubes. La calle se oscureció más aún. Las ramas de los árboles se agitaban y, al hacer temblar las hojas, se oían susurros por todas partes.

Danny dio una patada a una piedra y ésta rodó por la acera haciendo un suave ruido hasta que llegó al césped.

Hannah recordó súbitamente que, unas horas antes, había ido a casa de Danny a buscarlo. Con toda la excitación provocada por el robo de los helados, el señor Chesney y su buzón, se había olvidado por completo de lo sucedido en el porche de atrás.

—Esta noche… he ido a buscarte a tu casa —empezó a decir de mala gana—. Antes de ir a la ciudad.

Danny se detuvo y se volvió hacia ella, mirándola a los ojos con detenimiento.

—¿Ah, sí?

—Pensé que te gustaría ir caminando a la ciudad o hacer otra

cosa —continuó diciendo Hannah—. Tu madre estaba en casa. En la cocina.

Él siguió con la mirada fija en ella, como si intentara leer sus pensamientos.

—Llamé varias veces a la puerta de la cocina —dijo Hannah retirándose de la frente un mechón de pelo rubio—. Vi a tu madre sentada ante la mesa. Estaba de espaldas a la puerta. Pero no se volvió ni se movió.

Danny no hizo comentario alguno. Bajó la mirada hasta la acera y se puso a caminar otra vez, con las manos metidas en los bolsillos.

—Fue muy, muy extraño —prosiguió Hannah—. Llamé una y otra vez. Y lo hice fuerte. Pero fue como…, como si tu madre estuviese en otro mundo o algo así. No se levantó para abrir la puerta. Ni siquiera se volvió.

Llegaron a la calle donde vivían. Desde allí se veían las casas de ambos. El jardín de Hannah estaba iluminado por el resplandor amarillo de una luz situada en el porche. Al otro lado del camino, la casa de Danny permanecía a oscuras.

De pronto, Hannah notó que tenía la garganta reseca. Deseaba ser capaz de poder preguntarle a Danny lo que en realidad quería saber:

«¿Eres un fantasma? ¿Y tu madre también?»

Esas eran las auténticas preguntas que Hannah tenía en mente.

Pero resultaba demasiado disparatado, demasiado absurdo.

¿Cómo se puede preguntar a alguien si es real o no? ¿Si está vivo o no?

—Danny, ¿por qué tu madre no abrió la puerta? —preguntó con cautela.

Danny, que estaba al final del camino, se volvió hacia ella con el semblante totalmente inexpresivo y los ojos entrecerrados. La pálida luz amarilla del porche se reflejaba en su cara y la hacía brillar de forma misteriosa.

—¿Por qué? —repitió Hannah, impaciente—. ¿Por qué no abrió la puerta?

Danny vaciló un instante.

—Supongo que debería contarte la verdad —dijo él finalmente en un susurro tan suave como el de los árboles que agitaba el

viento.

15

Danny se acercó a Hannah. Ella vio que tenía el pelo rojo pegado a la frente por el sudor y que la miraba fijamente.

—Hay una buena razón por la que mi madre no te abrió la puerta —le dijo Danny.

«Porque es un fantasma», pensó Hannah. Sintió que un escalofrío, un estremecimiento de miedo le bajaba por la espalda.

Tragó saliva con dificultad y se preguntó: «¿Tengo miedo de Danny?»

»Sí, un poco», se respondió, recordando fugazmente el espeluznante sueño que había tenido sobre él.

«Sí, un poco.»

—¿Sabes? —empezó a decir Danny, y luego se mostró dubitativo. Se aclaró la garganta y, tras cambiar de posición nerviosamente, prosiguió—: ¿Sabes?, mi madre está sorda.

—¿Eh? —Hannah no estaba segura de haber oído bien. No era en absoluto la razón que estaba esperando recibir.

—Hace dos años tuvo una infección de oído interno —explicó Danny en voz baja sin apartar la mirada de Hannah—. En los dos oídos. Los médicos le dieron un tratamiento, pero la infección se extendió. Pensaban que podrían salvarle un oído, pero n0 lo consiguieron y se quedó completamente sorda.

—¿Quieres decir…, quieres decir que…? —balbució Hannah.

—Por eso no te oyó llamar a la puerta —explicó Danny—. No puede oír nada. —Luego bajó la mirada hasta el suelo.

—Ya —respondió Hannah torpemente—. Lo siento, Danny, No

lo sabía. Pensé que…, bueno, la verdad es que no sabía qué pensar.

—A mamá no le gusta que la gente lo sepa —continuó Danny mientras retrocedía hacia su casa—. Cree que sentirán lástima de ella si se enteran, y odia que la gente la compadezca. Sabe leer en los labios muy bien. La gente se queda sorprendida muchas veces.

—No diré nada —replicó Hannah—. No se lo diré a nadie. No… —de repente se sintió muy estúpida.

Con la cabeza gacha, recorrió el camino en dirección al de su casa.

—Hasta mañana —dijo Danny.

—Sí, vale —respondió ella pensando en lo que él le acababa de contar.

Y cuando levantó la mirada para despedirse, Danny ya había desaparecido.

Hannah dio media vuelta y empezó a correr, rodeando la casa en dirección a la puerta de atrás. Las palabras de Danny la habían dejado preocupada. Se dio cuenta de que todos sus pensamientos sobre fantasmas podían haber sido una gran equivocación. Sus padres siempre estaban prediciendo que algún día la imaginación le jugaría una mala pasada.

«Esta vez tal vez sea así —pensó Hannah tristemente—. Quizá me he dejado llevar totalmente por la imaginación.»

Dobló la esquina de la casa y se dirigió a la puerta trasera, chapoteando con las zapatillas de deporte en el terreno húmedo y blando.

La luz del porche proyectaba un cono estrecho de luz blanca sobre el cemento.

Hannah casi había llegado a la puerta cuando la figura negra, envuelta en oscuras sombras, con los ojos rojos brillando como brasas candentes, se posó en la luz y le bloqueó el paso.

—Hannah… ¡No te acerques! —susurró, señalándola amenazadoramente con un dedo largo e indefinido.

16

Aterrorizada, Hannah creyó ver la sombra de una sonrisa maliciosa dentro de la sombra más profunda que flotaba sobre el porche.

—Hannah, aléjate, ¡aléjate de Danny!

—¡Noooooooooo!

Hannah, dominada por el pánico, ni siquiera se dio cuenta de que aquel aullido había surgido de su propia garganta.

Los ojos rojos brillaron con más intensidad en respuesta al grito de Hannah. La ardiente mirada se clavó en sus ojos, obligándola a protegerse la cara con ambas manos.

—Hannah, haz caso de la advertencia que te he hecho —dijo el susurro áspero y terrorífico.

El susurro de la muerte.

El dedo negro y lleno de nervios, cuya forma apenas se distinguía a la luz del porche, volvió a señalarla de forma amenazadora.

Y de nuevo Hannah profirió un grito de terror.

—¡Noooooooo!

La negra figura se aproximaba cada vez más.

Y fue entonces cuando la puerta de la cocina se abrió, proyectando un largo rectángulo de luz sobre el jardín.

—Hannah…, ¿eres tú? ¿Qué pasa?

El padre de Hannah salió a la luz, con los rasgos tensos por la preocupación, y miró en la oscuridad a través de sus gafas cuadradas.

—¡Papá! —la voz de Hannah se ahogó en su garganta—. ¡Cuidado, papá! El…, él… —dijo Hannah señalando la figura.

Pero en ese momento señalaba al vacío.

Estaba apuntando al rectángulo de luz vacío que se extendía desde la puerta de la cocina. Es decir, a la nada. Una vez más, la figura espectral se había desvanecido.

Desconcertada por la confusión, aturdida y aterrorizada, entró corriendo en la casa sin cruzar palabra con su padre.

Había hablado a sus padres de la figura oscura y terrorífica con ojos rojos y brillantes. Su padre inspeccionó a conciencia el jardín de atrás con una linterna. Pero no encontró ninguna huella en el césped húmedo y blando, ni señal alguna de la presencia de un intruso.

La madre de Hannah la había mirado atenta y detenidamente, en un intento de encontrar alguna respuesta en la mirada de Hannah.

—No…, no estoy loca —tartamudeó Hannah con enojo.

Las mejillas de la señora Fairchild se tiñeron de rosa.

—Ya lo sé —replicó, tensa.

—¿Llamo a la policía? He mirado, pero no hay nada detrás —dijo el señor Fairchild pasando una mano por su fino pelo castaño, con la luz de la cocina reflejada en las gafas.

—Lo único que voy a hacer es irme a la cama —les dijo Hannah mientras se dirigía precipitadamente hacia la puerta—. Estoy muy cansada.

Al cruzar deprisa el vestíbulo en dirección a su dormitorio, notó que tenía las piernas temblorosas y que le fallaban.

Suspiró cansada y abrió la puerta de la habitación.

La negra figura fantasmagórica estaba esperándola junto a la cama.

17

Hannah se quedó sin respiración y empezó a retroceder.

Pero al entrar la luz del vestíbulo en la habitación, se dio cuenta de que en realidad no estaba mirando la espeluznante figura.

Estaba mirando un suéter oscuro de manga larga que ella misma había dejado sobre uno de los pilares de los pies de la cama.

Hannah se agarró al marco de la puerta. No sabía si reír o llorar.

—¡Vaya nochecita! —exclamó en voz alta.

Encendió la luz del techo y, después de entrar, cerró la puerta. Todavía temblando, se dirigió a la cama y quitó el suéter del pilar.

Se desvistió rápidamente, tirando la ropa al suelo, y luego se puso el camisón. Tenía muchas ganas de dormir, así que se metió en la cama sin perder un minuto.

Pero no podía dejar de darle vueltas a todo lo que había sucedido. Era incapaz de evitar que su mente reprodujera una y otra vez aquellas imágenes aterradoras.

Las sombras proyectadas por las ramas de los árboles que había en el jardín delantero se movían en el techo. Por lo general, a Hannah le resultaba relajante este baile silencioso. Sin embargo, esa noche las sombras móviles la asustaban porque le recordaban la amenazadora figura oscura que la había llamado por su nombre.

Intentó pensar en Danny, aunque no consiguió mitigar su preocupación; todo lo contrario.

«Danny es un fantasma. Danny es un fantasma.»

La frase resonaba una y otra vez en su mente.

«Tiene que haber mentido cuando hablaba de su madre —

decidió Hannah—. Se inventó esa historia de la sordera porque no quiere que deduzca que ella también es un fantasma.»

Preguntas y más preguntas.

Preguntas a las que no podía dar respuesta.

«Si Danny es un fantasma, ¿qué está haciendo aquí? ¿Por qué se ha mudado a la casa de al lado?

»¿Por qué va con Alan y Fred? ¿Son fantasmas también?

»¿Por eso no los he visto nunca en la escuela o en la ciudad? ¿Por eso nunca he visto a ninguno de ellos? ¿Es que son todos fantasmas?»

Hannah cerró los ojos, intentando borrar de su mente todas las preguntas que se acababa de hacer. Pero no podía dejar de pensar en Danny y… en la oscura figura fantasmagórica.

«¿Por qué me ha dicho la figura negra que me alejase de Danny? ¿Es que intenta impedirme que demuestre que Danny es un fantasma?»

Al final, Hannah se quedó dormida. Pero incluso dormida, los pensamientos inquietantes no dejaban de perseguirla.

La negra figura llena de nervios apareció en sus sueños. En uno de ellos, Hannah estaba en una cueva gris cuando, de pronto, un fuego empezó a arder a lo lejos, en la entrada de la cueva.

La figura espectral tenía los ojos rojos y más brillantes que el propio fuego, y cada vez se acercaba más a Hannah.

Y cuando se aproximó lo suficiente para que ésta extendiese un brazo y la tocase, se levantó y se partió en dos, sin mover los brazos, rectos como palos.

Con manos de ébano y dedos como huesos, la figura fantasmagórica tiró de la zona oscura donde debía estar el rostro y… debajo apareció la cara de Danny.

Danny la miraba maliciosamente con ojos rojos y refulgentes que penetraban en los de Hannah, y… entonces Hannah se despertó jadeante.

«No —pensó mirando por la ventana. Empezaba a amanecer—. No, Danny no es la sombra negra.

»Es imposible.

»No es Danny.

»No puede ser Danny. Es un sueño sin sentido.»

Hannah se sentó en la cama. Las sábanas estaban húmedas por el sudor, y el aire de la habitación se había tornado denso y desagradable.

Apartó la ropa de cama con ambos pies y luego los posó en el suelo.

Después de la larga noche llena de pesadillas, sólo había una cosa que supiera con certeza: tenía que hablar con Danny.

No podía pasar otra noche como aquélla.

Tenía que descubrir la verdad.

A la mañana siguiente, después del desayuno, vio a Danny en el jardín de atrás dando patadas a un balón de fútbol. Abrió la puerta de la cocina y salió corriendo en su busca. La puerta mosquitera se cerró de golpe detrás de ella con gran estruendo.

—Eh, Danny… —gritó—. ¿Eres un fantasma?

18

—¿Eh? —dijo Danny mirando a Hannah. Luego dio una patada a la pelota de fútbol blanca y negra, que rebotó contra el lateral de la casa. Iba vestido con una camiseta azul marino y unos pantalones cortos vaqueros. En la cabeza llevaba encasquetada una gorra de los Cubs azul y roja.

Hannah cruzó a toda velocidad el camino de la casa y se paró a unos metros de Danny.

—¿Eres un fantasma? —repitió sin aliento.

Él arrugó la frente y la miró con los ojos entornados. La pelota dio varios botes sobre la hierba. Danny avanzó varios pasos y, después de dar un puntapié al balón, dijo:

—Sí, seguro.

—No, en serio —insistió Hannah, con el corazón latiéndole vertiginosamente.

La pelota salió disparada y se perdió de vista en el garaje. Danny fue a buscarla y, cuando la tenía

apoyada contra el pecho, preguntó al tiempo que se rascaba la parte posterior de la rodilla:

—¿Qué has dicho?

«Me está mirando como si estuviera loca —pensó Hannah—. Tal vez lo esté.»

—Es igual, no importa —respondió ella tragando saliva con dificultad— ¿Puedo jugar contigo?

—Sí. —Danny dejó caer la pelota sobre el césped y preguntó—: ¿Qué tal te va? ¿Te encuentras bien hoy?

—Sí, supongo que sí —contestó Hannah asintiendo con la cabeza.

—Lo que pasó anoche fue bastante fuerte —dijo Danny pasándole la pelota suavemente con el pie a Hannah—. Me refiero a lo que pasó en casa del señor Chesney.

La pelota llegó hasta donde estaba Hannah, que la golpeó con el pie para devolverla. En circunstancias normales, Hannah era una buena deportista. Pero esa mañana calzaba un par de sandalias, y no era precisamente lo más adecuado para dar patadas a una pelota de fútbol.

—Me asusté de verdad —reconoció Hannah—. Pensé que el coche que se había detenido era el de la policía y que…

—Sí, yo también me asusté —dijo Danny. Elevó la pelota con el pie y se la envió a Hannah de un cabezazo.

—¿Alan y Fred van de verdad a la escuela Maple Avenue? —preguntó Hannah. La pelota le dio en un tobillo y rodó camino abajo.

—Sí. El curso que viene irán a noveno —respondió Danny esperando que le devolviera la pelota.

—¿No son nuevos? ¿Cómo es que nunca les he visto? —Dio un fuerte puntapié a la pelota.

Danny se desplazó a la derecha para seguir la trayectoria del balón. Rió disimuladamente y contestó:

—¿Y cómo es que ellos nunca te han visto a ti?

Hannah se percató de que no le daba respuestas claras.

«Creo que mis preguntas le están poniendo nervioso. Sabe que empiezo a sospechar cuál es la verdad sobre él.»

—Alan y Fred quieren volver a casa del señor Chesney —le dijo Danny.

—¿Eh? ¿Que quieren qué? —Falló al intentar golpear la pelota y dio una patada en la hierba—. ¡Oh! ¡No puedo jugar al fútbol con sandalias!

—Quieren volver esta noche. Ya sabes a qué. A darle su merecido a Chesney por habernos asustado. Me hizo daño de verdad en el hombro.

—Creo que Alan y Fred tienen muchas ganas de buscarse problemas —advirtió Hannah.

Danny se encogió de hombros y musitó:

—No hay otra cosa que hacer en esta ciudad.

La pelota pasó rodando entre los dos.

—¡Mía! —gritaron los dos al unísono.

Los dos corrieron tras el balón. Danny llegó primero donde estaba e intentó alejarlo de Hannah. Pero puso el pie encima del balón y, después de tropezar, cayó rodando por el césped.

Hannah se echó a reír y saltó por encima de Danny para coger la pelota. Le propinó una fuerte patada y el balón fue a dar contra el lateral del garaje. Luego, Hannah se volvió hacia donde había quedado tumbado Danny y, sonriendo victoriosamente, dijo:

—¡Uno a cero!

Él se incorporó lentamente. Tenía la camiseta llena de manchas de hierba.

—Ayúdame a levantarme —dijo tendiendo los brazos hacia ella.

Hannah alargó los suyos para levantarlo y… ¡sus manos atravesaron el cuerpo de Danny!

19

Los dos profirieron un grito de sobresalto.

—¡Oye, venga! Ayúdame —dijo Danny.

Con el corazón palpitante, Hannah intentó cogerle de nuevo. Pero volvió a ocurrir lo mismo: sus manos atravesaron las de Danny.

—¡Eh! —exclamó Danny con los ojos muy abiertos a causa del miedo. Se puso en pie de un salto y clavó la mirada en el rostro de Hannah.

—Lo sabía —dijo ésta en un susurro, al tiempo que se llevaba las manos a las mejillas. Dio un paso atrás y se apartó de él.

—¿Lo sabías? ¿Qué es lo que sabías?

Danny seguía mirándola fijamente con expresión que denotaba una gran confusión.

—¿Qué ocurre, Hannah?

—Deja de fingir —le dijo ella sintiendo frío en todo el cuerpo a pesar de la soleada mañana—. Sé la verdad, Danny. Eres un fantasma.

—¿Qué?

Danny se quedó boquiabierto. No daba crédito a sus oídos. Se quitó la gorra de los Cubs y se rascó la cabeza sin apartar la mirada de ella.

—Eres un fantasma —repitió Hannah con voz trémula.

—¿Yo? —gritó él—. ¡Imposible! ¿Estás loca o qué? ¡Yo no soy ningún fantasma!

Sin más preámbulos, dio un paso al frente y extendió con

rapidez la mano hasta tocar el pecho de Hannah.

Ella se quedó sin respiración al ver que la mano de Danny le atravesaba el cuerpo.

No había sentido nada. Era como si no estuviese allí.

Danny profirió un grito y retiró la mano bruscamente, como si se la hubiese quemado. Tragó saliva y con expresión aterrorizada tartamudeó:

—T… t… tú…

Hannah intentó responder, pero no pudo articular palabra.

Danny dirigió una última mirada horrorizada a Hannah, dio media vuelta y echó a correr a toda velocidad en dirección a su casa.

Hannah se quedó mirándole perpleja hasta que desapareció por la puerta trasera. Danny entró y la puerta se cerró de golpe.

Aturdida por lo ocurrido, Hannah dio media vuelta y corrió hacia casa.

La cabeza le daba vueltas. El suelo parecía girar bajo sus pies. El cielo azul empezó a brillar con deslumbrante resplandor. Su casa se balanceaba de un lado a otro.

—No es Danny el fantasma —dijo Hannah en voz alta—. Por fin he averiguado la verdad. No es Danny el fantasma. ¡El fantasma soy yo!

20

Hannah subió la escalera hasta la puerta de atrás y dudó si entrar en casa.

«No puedo volver ahora —pensó—. Tengo que pensar.

»Quizá dé un paseo.»

Cerró los ojos en un intento de hacer desaparecer el mareo que sentía. Cuando los abrió, todo le pareció más brillante, demasiado brillante para soportarlo.

Se alejó despacio del porche trasero y se dirigió hacia el de la fachada, con la cabeza dándole vueltas.

«Soy un fantasma.

»Ya no soy una persona normal.

»Soy un fantasma.»

Unas voces interrumpieron los pensamientos confusos de Hannah. Alguien se acercaba.

Ella se agachó y se escondió detrás del arce grande para oír sin ser vista.

—Es una casa encantadora.

Hannah reconoció la voz de la señora Quilty.

—Mi primo de Detroit la vio la semana pasada —dijo otra mujer que Hannah no reconoció.

Se asomó lentamente por detrás del tronco del árbol y vio que se trataba de una mujer delgada, de aspecto macilento que llevaba puesto un vestido de playa amarillo. Ella y la señora Quilty permanecían de pie en mitad del camino y admiraban la casa de Hannah.

Temiendo ser descubierta, Hannah volvió a esconderse tras el tronco.

—¿Le gustó a su primo la casa? —preguntó la señora Quilty a su compañera.

—Demasiado pequeña —respondió ella lacónicamente.

—Qué pena —dijo la señora Quilty suspirando en voz alta—. No me gusta nada que haya una casa vacía en la manzana.

«¡Pero si no está vacía! —pensó Hannah con enfado—. ¡Yo vivo aquí! Toda mi familia vive aquí, ¿no es verdad?»

—¿Cuánto tiempo lleva vacía? —preguntó la otra mujer.

—Pues desde que fue reconstruida —oyó Hannah que decía la señora Quilty—. Ya sabe a qué me refiero. Después de aquel terrible incendio. Creo que hace unos cinco años.

—¿Un incendio? —preguntó la amiga de la señora Quilty—. Eso fue antes de que yo me mudara al barrio. ¿Y se quemó toda la casa?

—Casi toda —respondió la señora Quilty . ¡Fue tan terrible, Beth! Una auténtica tragedia. La familia quedó atrapada dentro de la casa. Era una familia maravillosa. Una chica muy joven y dos niños pequeños. Todos murieron aquella noche.

«¡Mi sueño! —pensó Hannah agarrándose al tronco del árbol para no caerse—. No era un sueño. Era un incendio real. Estoy muerta desde aquella noche.»

Hannah derramó varias lágrimas. Las piernas le temblaban y se debilitaban por momentos. Se apoyó contra la dura corteza del árbol y siguió escuchando.

—¿Cómo sucedió? —preguntó Beth, la amiga de la señora Quilty —. ¿Se sabe qué provocó el incendio?

—Sí. Los niños habían hecho una especie de hoguera de campamento en la parte de atrás, detrás del garaje —siguió contando la señora Quilty—. Cuando entraron en la casa, no la apagaron del todo. La casa se incendió cuando todos estaban acostados. Y las llamas se extendieron con gran rapidez.

Hannah vio que las dos mujeres estaban mirando la casa pensativamente desde la posición que ocupaban en el camino, y que agitaban la cabeza.

—El fuego destruyó toda la casa, así que fue reconstruida por completo —dijo la señora Quilty—. Pero desde entonces nadie la ha

ocupado. Hace ya cinco años. ¿Se imagina?

«Llevo muerta cinco años —pensó Hannah dejando que las lágrimas corrieran por sus mejillas—. No me extraña que no conozca a Danny y sus amigos.

»No me extraña que no haya recibido ninguna carta de Janey, ni que no sepa nada de ninguno de mis amigos.

»Hace cinco años que estoy muerta.»

Fue entonces cuando Hannah comprendió por qué a veces le parecía que el tiempo no avanzaba y otras le daba la impresión de que pasaba rápidamente.

«Los fantasmas van y vienen —pensó con tristeza—. A veces mi cuerpo tiene la suficiente solidez para montar en bicicleta o dar patadas a un balón de fútbol. Y otras soy tan ligera que la mano de una persona me atraviesa.»

Hannah observó cómo las dos mujeres bajaban por la calle hasta perderse de vista. Aferrada al tronco del árbol, no hizo intento alguno de moverse.

Todo empezaba a cobrar sentido para ella. Los días de verano que parecían un sueño, irreales. La soledad. La sensación de que algo no era muy normal.

«¿Y qué pasa con mamá y papá? —se preguntó apartándose del árbol—. ¿Y los gemelos? ¿Lo saben? ¿Saben que todos somos fantasmas?»

—¡Mamá! —gritó corriendo hacia la puerta principal— ¡Mamá!

Irrumpió en la casa y cruzó a toda velocidad el vestíbulo en dirección a la cocina.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¿Dónde estáis? ¿Bill? ¿Herb?

El silencio fue la única respuesta que obtuvo.

No había nadie.

Todos se habían marchado.

21

—¿Dónde estáis? —gritó con voz potente Hannah—. ¡Mamá! ¡Bill! ¡Herb!

¿Habían desaparecido para siempre?

«Todos somos fantasmas —pensó Hannah afligida—. Todos.

»Y ahora me han dejado aquí sola.»

Con el corazón en un puño, paseó la mirada alrededor de la cocina.

No había nada, estaba vacía.

No había ninguna caja de cereales en el sitio donde solían dejarlas, ningún imán divertido adherido a la nevera. Ninguna cortina cubría la ventana, ningún reloj colgaba de la pared. No había ninguna mesa de cocina.

—¿Dónde estáis? —gritó Hannah con desesperación.

Se apartó bruscamente del banco de la cocina y empezó a correr por toda la casa.

Estaba vacía por completo.

Sin ropa, ni muebles, ni lámparas, ni pósters en las paredes, ni libros en las estanterías.

Todo había desaparecido.

«Me han dejado aquí. Y ahora soy un fantasma, un fantasma solitario.»

—Tengo que hablar con alguien —dijo en voz alta—. Con quien sea.

Buscó desesperadamente un teléfono hasta que encontró uno rojo en una pared de la cocina desnuda.

«¿A quién puedo llamar? ¿A quién?

»A nadie.

»Estoy muerta.

»Llevo cinco años muerta.»

Descolgó el auricular y se lo acercó a la oreja.

Ni una señal: el teléfono también estaba muerto.

Hannah gritó furiosa y dejó caer el auricular al suelo. El corazón le latía desacompasadamente y algunas lágrimas corrían por sus mejillas. Luego se tiró al suelo y se puso a sollozar.

Ocultó la cabeza entre los brazos y se dejó sumergir en la oscuridad.

Cuando abrió los ojos, la oscuridad aún seguía a su alrededor. Se puso en pie, sin estar segura de dónde se encontraba. Tensa y temblorosa, dirigió la mirada hacia la ventana de la cocina. Fuera el cielo era negro azulado.

Había caído la noche.

Hannah pensó que cuando se es un fantasma el tiempo pasa rápida y lentamente, y que por eso el verano le había parecido tan corto y tan interminable al mismo tiempo. Estiró los brazos hacia el techo y luego salió de la cocina.

—¿Hay alguien en casa? —dijo en voz alta.

El silencio que obtuvo como respuesta no le sorprendió.

Su familia no estaba en la casa.

Pero ¿dónde se encontraba?

A medida que avanzaba por el vestíbulo oscuro y vacío para ir a la parte delantera de la casa, tuvo otro presentimiento. Otra sensación de terror.

Algo malo iba a suceder.

¿En ese momento? ¿Esa noche?

Se detuvo ante la puerta principal y miró a través de la mosquitera.

—¡Eh!

Danny iba en bicicleta y bajaba pedaleando despacio por el camino de la casa.

Hannah abrió la puerta mosquitera llevada por un impulso y salió de la casa corriendo.

—¡Eh, Danny!

El redujo la marcha y se volvió hacia Hannah.

—Danny… ¡espera! —gritó ella mientras cruzaba corriendo el jardín para reunirse con él.

—¡No, por favor! —dijo Danny con expresión de pánico en la cara. Luego levantó ambas manos como si quisiera protegerse.

—¿Danny?

—¡Vete! —exclamó él chillando con voz estridente debido al terror que sentía—. Por favor… ¡apártate! —Se agarró con fuerza al manillar y empezó a pedalear frenéticamente.

Hannah dio un salto hacia atrás. Estaba aturdida y ofendida.

—¡No me tengas miedo! —gritó tras él, formando bocina con las manos para que la oyera—. Danny, por favor… ¡no tengas miedo!

Danny, que tenía el cuerpo reclinado sobre el manillar, se alejó sin mirar atrás.

Hannah profirió un grito que expresó lo herida que se sentía.

Danny se perdió de vista y la sensación de horror volvió a apoderarse de ella.

«Sé adónde va —pensó Hannah—. Va a reunirse con Alan y Fred y luego irán a casa del señor Chesney para vengarse de él. Y algo terrible va a suceder. Yo también iré. Tengo que ir yo también.»

Fue corriendo al garaje y cogió la bicicleta.

Hannah observó que el señor Chesney había arreglado el buzón. Las alas de cisne talladas a mano sobresalían del buzón y el poste había recuperado su posición vertical.

Agazapada detrás del mismo arbusto tupido donde días atrás se había ocultado, Hannah observó a los tres chicos que estaban al otro lado de la calle, en el límite del jardín del señor Chesney, fuera de la vista de la casa gracias al alto seto que hacía las veces de valla.

La tenue luz blanca de una farola permitió a Hannah darse cuenta de que estaban riéndose y bromeando. Luego vio que Fred empujaba a Danny hacia el buzón.

Hannah alzó la mirada por encima del seto para fijarse en la pequeña casa del señor Chesney. A través de la ventana de la sala de estar brillaba débilmente una luz anaranjada. La luz del porche estaba encendida. El resto de la casa se encontraba a oscuras.

Hannah no sabía si el señor Chesney estaba en casa. No vio

aparcado su viejo y destartalado Plymouth en el camino de la casa.

Hannah se agachó un poco más detrás del arbusto. Una leve brisa hizo que sus espinosas ramas se agitaran.

Vio que Danny se esforzaba en arrancar el buzón. Alan y Fred, situados detrás de él, le daban ánimos.

Danny agarró las dos alas prominentes y tiró hacia arriba.

Fred le dio una palmada en la espalda y le gritó un «¡Más fuerte!».

—¡Qué enclenque! —dijo Alan riendo.

Hannah seguía mirando hacia la casa con nerviosismo. Los chicos hacían mucho ruido y ella se preguntaba qué les hacía estar tan seguros de que el señor Chesney no estaría en casa.

¿Cómo podían tener la certeza de que el señor Chesney no iba a mantener su promesa y salir detrás de ellos empuñando su escopeta?

Hannah se estremeció y notó que un hilo de sudor corría por su frente.

Danny seguía tirando del buzón con todas sus fuerzas. Hasta que, de un fuerte tirón, lo dejó ladeado.

Fred y Alan aplaudieron con júbilo.

Danny empezó a mover el buzón, empujándolo con el hombro hacia un lado y luego tirando de él hacia el otro. Los sucesivos empujones y tirones hacían que estuviese cada vez más suelto e inclinado.

Hannah oyó a Danny emitir un fuerte gruñido al dar un último y enérgico empujón. El buzón cayó al suelo de lado y Danny se apartó unos centímetros, esbozando una sonrisa de triunfo. Fred y Alan volvieron a aplaudir y chocaron las manos.

Fred recogió el buzón del suelo, lo apoyó sobre su hombro y empezó a desfilar frente al seto, adelante y atrás, como si se tratara de la bandera de un enemigo.

Mientras celebraban el triunfo, Hannah miró de nuevo por encima del seto la casa iluminada tenuemente.

No había señal alguna del señor Chesney.

Tal vez no estuviese en casa. Tal vez los chicos podrían huir sin que él los pillara.

Pero ¿por qué Hannah tenía aún aquella intensa y abrumadora

sensación de miedo que la hacía estremecer?

Al ver una sombra doblar la esquina de la casa se quedó boquiabierta.

¿Era el señor Chesney?

No.

Miró con dificultad la débil luz y sintió que el corazón empezaba a latir con fuerza en su pecho.

No había nadie. Pero ¿qué era aquella sombra?

Estaba segura de haberla visto. Se trataba de una figura más oscura que las alargadas sombras nocturnas, y se deslizaba por la semioscuridad de la casa. Las voces estridentes de los muchachos interrumpieron sus pensamientos y dejó de centrar la atención en la casa.

Fred había arrojado el buzón dentro del seto, y ahora se encontraban cerca del camino. Discutían en voz alta sobre alguna cosa. Alan sonrió y Fred le empujó en broma. Danny estaba diciendo algo, pero Hannah no podía oír de qué se trataba.

«Marchaos —les decía Hannah para sí—. Marchaos de ahí. Ya le habéis gastado vuestra absurda broma y os habéis vengado.

»Ahora marchaos. Antes de que os cojan.»

Una ráfaga de aire caliente hizo que las verdes ramas de los árboles se agitaran. Hannah retrocedió hasta ocultarse en la oscuridad, sin apartar la mirada de los chicos.

Estaban apiñados justo al final del camino de la casa. Hablaban los tres a la vez, llevados por la excitación. Entonces, Hannah vio parpadear una luz que brilló durante un momento y se apagó.

Se dio cuenta de que era una cerilla.

Alan tenía en la mano una caja grande de cerillas de cocina.

Hannah miró hacia la casa con nerviosismo. Todo en ella era quietud. Ni rastro del señor Chesney ni de las sombras deslizándose por la pared.

«Marchaos a casa. Por favor, marchaos a casa», les incitó en silencio.

Sin embargo, para consternación de Hannah, dieron media vuelta y empezaron a correr por el camino de grava agachados, para que no les pudieran ver desde la casa.

Hannah se preguntaba qué estarían haciendo. El miedo

atenazaba todos sus músculos. Al salir de detrás del arbusto, sintió que un escalofrío de pánico le recorría la espalda.

«¿Qué van a hacer?»

Cruzó la calle a toda prisa y se ocultó tras el seto de la casa del señor Chesney. Notó que se le aceleraba el corazón.

No podía oír a los tres chicos. Pensó que en ese momento casi habrían llegado a la casa.

¿Debía seguirlos?

Se levantó poco a poco y se puso de puntillas para mirar por encima del seto.

Los tres chicos, con Alan al frente seguido por Danny y Fred, corrían agachados a lo largo de la fachada de la casa. La débil luz anaranjada que salía de la ventana permitió a Hannah ver la expresión de determinación pintada en sus caras.

¿Adónde se dirigen? ¿Qué están planeando?

Hannah observó cómo se adentraban en la oscuridad que invadía el lateral de la casa.

El señor Chesney seguía sin aparecer.

Sin retirarse del seto, Hannah avanzó unos metros hasta llegar al camino que llevaba a la casa. Y entonces, sin pensarlo, sin ni siquiera percatarse de ello, se dio cuenta de que también estaba corriendo. Poco después se detuvo en seco al ver que Alan estaba empujando a Danny para que entrara por una ventana abierta. Luego Fred se acercó al alféizar de la ventana y levantó las manos para que Alan tirara de él hacia arriba.

«¡No, por favor! —quisó gritar Hannah—. ¡No entréis en la casa! ¡No entréis ahí!»

Pero ya era demasiado tarde.

Los tres habían entrado en la casa.

Respirando con dificultad, Hannah empezó a andar sigilosamente hacia la ventana.

Pero, cuando estaba a medio camino, notó que algo la cogía por la pierna y la retenía.

22

Hannah intentó gritar, pero no conseguía emitir sonido alguno.

Mientras trataba de liberarse, se dio cuenta de que había pisado una manguera de jardín enrollada.

Espiró sonoramente, sacó el pie de la manguera y recorrió muy despacio el resto del camino hasta llegar a la ventana abierta.

El lado de la casa donde se encontraba estaba sumido en la oscuridad. La ventana era demasiado alta para que Hannah pudiese mirar dentro de la habitación.

De pie junto a la ventana, Hannah oía el ruido que hacían los chicos al pisar con las zapatillas de deporte las tablas de madera del suelo. Oía voces susurrantes y risas agudas y sofocadas.

Con el cuerpo tenso por el miedo, Hannah se preguntó qué estarían haciendo allí dentro y si no se daban cuenta del lío en el que podían meterse.

De pronto, unas luces intensas iluminaron el lateral de la casa y Hannah se echó bruscamente hacia atrás profiriendo un grito de espanto.

Enseguida se tiró al suelo y empezó a dar vueltas. Luego vio unos faros encendidos a través del seto. Eran las luces de un coche que apuntaban hacia el camino.

¿Sería el señor Chesney, que regresaba a casa?

¿Llegaría a tiempo para pillar a los tres intrusos en su casa?

Hannah abrió la boca para advertir a los tres muchachos, pero la voz no llegó a salir de la garganta.

Las luces del coche pasaron de largo y la oscuridad volvió a

adueñarse del jardín.

El coche siguió su camino en silencio.

Hannah se dio cuenta de que no era el del señor Chesney.

Se puso de pie no sin dificultad y volvió al lugar que ocupaba bajo la ventana. Decidió que debía hacer que los chicos se dieran cuenta de que estaba allí. Tenía que conseguir que salieran de la casa.

—¡Danny! —gritó, colocando las manos alrededor de la boca para hacer bocina—. ¡Salid! Vamos…, ¡salid ya!

La sensación de pánico le pareció insoportable. Volvió a gritar hacia la ventana:

—¡Salid! Daos prisa… ¡por favor!

Oía las voces apagadas en el interior de la casa y el roce de las zapatillas contra el suelo.

Estaba mirando hacia la ventana cuando de pronto vio encenderse una luz, anaranjada y débil al principio, pero más intensa después.

—¿Estáis locos? —les gritó—. ¡Apagad las luces!

¿Por qué diablos encendían las luces?

¿Acaso querían que los pillaran?

—¡Apagad las luces! —repitió Hannah con voz aguda, estridente y asustada.

Pero la luz naranja se hizo más brillante y se volvió de color amarillo intenso.

Y al mirar, horrorizada, Hannah advirtió que la luz estaba parpadeando.

No era la luz de una lámpara.

Era el resplandor producido por un fuego.

¡Fuego!

¡Habían prendido fuego!

—¡No! —gritó, llevándose las manos a las mejilla —. ¡No! ¡Salid! ¡Salid de ahí!

Empezó a oler a humo y en el cristal de la ventana vio el reflejo de las llamas.

Se puso a gritarles de nuevo, pero dejó de hacerlo al ver que una sombra se movía por la pared de la casa dirigiéndose a donde ella estaba.

Hannah se calló y miró fijamente la pared.

Y allí vio la figura oscura, más negra que la misma noche, con los ojos rojos refulgiendo en la negrura de su rostro.

Se movía lentamente hacia donde estaba ella, flotando con rapidez sobre el césped alto y salpicado de malas hierbas. Parecía que, al acercarse, sus ojos rojos brillaban más.

—Hannah… ¡aléjate! —dijo la sombra móvil con voz tan áspera como el crujir de hojas secas.

—Hannah… ¡aléjate!

—¡Nooooooo! —exclamó ella emitiendo un gemido de terror al acercarse la sombra. Súbitamente, notó que un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

—¡Noooo!

—Hannah… Hannah…

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Detrás de ella se oía el crepitar de las llamas. Desde la ventana abierta se veía parpadear la luz amarilla tras una cortina de humo negro.

Con los ojos flameantes y brillando cada vez más, la figura espectral se elevó unos centímetros y se deslizó para seguir acercándose. Extendió ambos brazos y se dispuso a tirar de ella.

23

Abrumada por el pavor, Hannah alzó las manos y se tapó la cara, como si intentara protegerse.

De repente oyó un sonido áspero procedente de la ventana, un grito sofocado justo encima de su cabeza.

La figura espectral desapareció.

Y luego notó que alguien se abalanzaba sobre ella.

Los dos cayeron al suelo hechos una piña.

—¡Alan! —gritó Hannah.

Él hizo un esfuerzo por ponerse en pie. Tenía los ojos abiertos como platos por el pánico.

—¡Las cerillas! —gritó—. ¡Las cerillas! No queríamos… no…

Otra figura salió precipitadamente de la ventana al convertirse el crujir de las llamas en crepitación furiosa. Fred cayó de bruces y se golpeó fuertemente en los codos y las rodillas.

Hannah miró fijamente su rostro atónito, iluminado por la hiriente luz naranja, y le preguntó:

—Fred, ¿te encuentras bien?

—Danny —musitó, mirándola aterrorizado—. Danny está dentro. No puede salir.

—¿Qué? —dijo Hannah, y se puso en pie de un salto.

—Danny ha quedado atrapado en el fuego. ¡Va a quemarse! —gritó Alan.

—¡Tenemos que ayudarle! —dijo Fred con un grito para superar el fragor de las llamas. Cogió a Alan del brazo y los dos empezaron a correr de forma insegura. Cruzaron el jardín y se dirigieron a la

casa vecina.

Las llamas de intenso color naranja y amarillo lamían el alféizar de la ventana, encima de la cabeza de Hannah.

«Tengo que salvar a Danny», pensó.

Respiró profundamente y echó una mirada a la luz parpadeante y centelleante del fuego. Luego empezó a trepar hacia la ventana abierta.

Pero antes de que pudiera dar un paso, la luz de la ventana se desvaneció y ante ella apareció la sombra.

—Hannah…, vete de aquí. —El aterrador y áspero susurro estaba muy cerca de su rostro—. Vete de aquí.

—¡No! —gritó ella, superando el miedo—. Tengo que salvar a Danny.

—Hannah… ¡no le salvarás! —replicó el bronco susurro.

La oscura figura, con los ojos ardientes, voló por encima de Hannah y le bloqueó el camino hacia la ventana.

—¡Déjame pasar! —gritó ella—. ¡He de salvarle!

Los ojos rojos se acercaron a ella. La oscuridad se hacía más patente a su alrededor.

—¿Quién eres? —preguntó Hannah a voz en grito—. ¿Qué eres? ¿Qué quieres?

La negra figura no respondió. Sus ojos resplandecientes seguían clavados en ella.

«Danny está ahí dentro atrapado —pensó Hannah—. Tengo que llegar a la ventana.»

—¡Apártate de mi camino! —gritó. Y, llevada por la desesperación, tendió ambas manos, cogió a la tenebrosa figura por los hombros e intentó apartarla del camino de un empujón.

Para su gran sorpresa, la figura tenía un cuerpo sólido. Hannah profirió un grito resuelto y acercó las manos a su cara.

La oscuridad que cubría el rostro de la sombra desapareció y, bajo esta oscuridad…, ¡apareció la cara de Danny!

24

Hannah miró con horror e incredulidad, e hizo verdaderos esfuerzos por respiran. El olor acre la sofocaba. La oscuridad seguía envolviéndola, aprisionándola. Danny le dirigió una sonrisa maliciosa, con los mismos ojos candentes que había mostrado antes de ser descubierto.

—¡No! —gritó Hannah, con voz áspera afectada por el pavor—. ¡Tú no eres Danny! ¡No eres él!

Una sonrisa cruel se dibujó en el rostro refulgente de la figura espectral.

—¡Soy el fantasma de Danny! —dijo con determinación.

—¿El fantasma? —Hannah intentó echarse hacia atrás, pero la oscuridad la tenía atenazada.

—Soy el fantasma de Danny. Cuando muera en el incendio, dejaré de ser una sombra. Tendré vida… y Danny entrará en el mundo de las sombras en mi lugar.

—¡No! ¡No! —chilló Hannah, levantando los puños—. ¡No! ¡Danny no morirá! ¡No dejaré que muera!

El fantasma de Danny abrió la boca y soltó una hedionda carcajada homérica.

—¡Has llegado demasiado tarde, Hannah! —dijo despectivamente—. Demasiado tarde.

25

—¡Nooooooooo!

El lamento de Hannah resonó en la oscuridad que la rodeaba.

Los ojos rojos del fantasma de Danny llamearon de rabia cuando Hannah le atravesó bruscamente.

Unos segundos después, ésta ya había levantado las manos para agarrarse al alféizar de la ventana.

—¡Oh! —exclamó, quejándose al notar que el alféizar quemaba.

Haciendo acopio de fuerzas, trepó hacia las cegadoras llamas y entró en la casa. Lo primero que encontró fue una espesa cortina de humo asfixiante.

Hannah hizo caso omiso del humo y la fulgurante barrera de fuego que se alzaba ante ella, y empezó a avanzar lentamente.

«Soy un fantasma —se dijo a medida que se adentraba en aquella habitación envuelta en 11amas—. Soy un fantasma. No puedo morir otra vez.»

Se frotó los ojos con la manga de la camiseta, en un esfuerzo por ver lo que había dentro.

—¿Danny ? —dijo, gritando con todas sus fuerzas—. Danny, ¡no puedo verte! ¿Dónde estás?

Se protegió los ojos con una mano y avanzó un poco más. Las llamas crecieron repentinamente como si fueran géiseres brillantes. El papel de una pared se había arrollado y caído, y la esquina ennegrecida estaba cubierta por llamas ascendentes.

—Danny, ¿dónde estás?

Oyó un grito apagado procedente de la habitación contigua.

Atravesó rauda la puerta rodeada de llamas y vio que Danny estaba atrapado detrás de una alta barrera de llamas.

—¡Danny…!

Estaba en un rincón, apoyado contra la pared, con las manos juntas y levantadas ante sí para protegerse la cara del humo.

«No puedo pasar a través de esas llamas espesas», advirtió Hannah con horror.

Avanzó un paso más, ya dentro de la habitación, y luego retrocedió.

«Es imposible.

»¿Cómo podría salvarlo?»

Pero una vez más se recordó a sí misma: «Soy un fantasma. Puedo hacer cosas que las personas vivas no pueden hacer.»

—¡Ayúdame! ¡Ayúdame!

La voz de Danny sonaba débil y lejana tras las amenazadoras lenguas de fuego.

Sin pensarlo dos veces, Hannah aspiró profundamente, contuvo la respiración y cruzó la barrera de fuego.

—¡Ayúdame! —Él la miró sin expresión, como si no la viese—. ¡Ayúdame!

—¡Vamos! —Le cogió de la mano y tiró de él—. ¡Venga, salgamos de aquí!

Las llamas se inclinaron hacia ellos, como brazos candentes que quisieran atraparlos.

—¡Vamooos!

Volvió a tirar de Danny, pero éste se negaba a moverse.

—¡Nunca lo conseguiremos!

—Sí, ¡tenemos que hacerlo! —gritó ella.

El calor era insoportable. Hannah tuvo que cerrar los ojos al verse deslumbrada por el fulgor amarillo del fuego.

—¡Tenemos que conseguirlo!

Con una mano, cogió las dos de Danny y tiró de él. El humo negro los envolvía y casi no podían respirar. Hannah cerró los ojos y, tirando de Danny, penetró junto con él en el abrasador calor que despedían las llamas.

Y empezaron a cruzar la barrera de fuego.

Tosían, apenas podían respirar y estaban empapados en sudor

debido al calor sofocante.

Hannah tiró de Danny, ciegamente, con todas sus fuerzas.

No abrió los ojos hasta que llegaron a la ventana.

No respiró hasta que cayeron en la fría oscuridad del suelo.

Poco después, de rodillas y apoyada en las manos, jadeando sonoramente y tratando de aspirar aire fresco, Hannah miró fijamente hacia la ventana.

Junto a la casa estaba la figura espectral, retorciéndose en medio de las llamas. Mientras el fuego iba consumiéndola, la figura levantó los brazos oscuros hacia el cielo y luego desapareció sin hacer el menor ruido.

Hannah suspiró aliviada y bajó la cabeza para mirar a Danny.

Estaba tumbado de espaldas sobre el césped, con expresión atónita.

—Hannah —susurró con voz ronca—, Hannah, gracias.

Ella notó que su rostro empezaba a esbozar una sonrisa.

De pronto, todo se volvió brillante, tan brillante como la barrera de llamas.

Y poco después todo volvió a quedar sumido en la oscuridad.

26

La madre de Danny se inclinó sobre él al tiempo que subía el cobertor hasta cubrirle el pecho.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó cariñosamente.

Habían transcurrido dos horas. Los enfermeros, que llegaron poco después de los bomberos, habían atendido a Danny. Dijeron a la preocupada madre que su hijo sufría una intoxicación provocada por el humo y que tenía varias quemaduras de poca importancia.

Después de curar las quemaduras, llevaron a casa a Danny y la señora Anderson en una ambulancia.

Danny se encontraba ahora tumbado en la cama, mirando fijamente a su madre, todavía atur-dido y bastante débil. La señora Quilty estaba en una esquina de la habitación, con los brazos doblados tensamente y hecha un manojo de nervios, mirando en silencio. Había acudido a toda prisa para ver qué era todo aquel alboroto.

—Estoy..., estoy bien, supongo —dijo Danny acomodándose en la almohada—. Sólo un poco cansado.

La madre de Danny se apartó un mechón de pelo rubio de la frente mientras miraba a su hijo para leer en sus labios.

—¿Cómo conseguiste salir? ¿Cómo lograste salir de la casa?

—Fue Hannah —le dijo Danny—. Hannah me sacó.

—¿Quién? —preguntó la señora Anderson con cara de confusión —. ¿Quién es Hannah?

—Ya sabes —respondió Danny con impaciencia—, la chica de la casa de al lado.

—No hay ninguna chica en la casa de al lado —repuso su madre—. ¿Verdad que no, Molly? —añadió, volviéndose hacia la señora Quilty.

Ésta negó con la cabeza y dijo:

—La casa está vacía.

Danny se incorporó en la cama.

—Se llama Hannah Fairchild. Me ha salvado la vida, mamá.

La señora Quilty lo miró compasiva y añadió:

—Hannah Fairchild es la chica que murió hace cinco años. Pobre Danny, me temo que desvaría un poco.

—Échate y no te preocupes —dijo la madre empujándolo suavemente para que se recostara en la almohada—. Descansa un poco y te encontrarás mejor.

—Pero ¿dónde está Hannah? ¡Hannah es mi amiga! —insistió Danny.

Hannah observaba la escena desde el camino de la casa.

Se dio cuenta de que las tres personas que había en la habitación no podían verla.

Había salvado la vida de Danny y ahora la habitación y las personas que la ocupaban empezaban a desvanecerse. Poco a poco todo se volvía borroso, casi imperceptible.

«Tal vez por eso mi familia y yo hemos vuelto al cabo de cinco años —pensó Hannah—. Quizás hemos vuelto para salvar a Danny de morir en el incendio.»

—Hannah… Hannah… —dijo una voz, una voz dulce y familiar que sonaba lejana.

—¿Eres tú, mamá? —preguntó Hannah dando un grito.

—Ha llegado la hora de volver —susurró la señora Fairchild—. Debes marcharte ya, Hannah. Es hora de volver.

—De acuerdo, mamá.

Miró dentro del dormitorio y vio a Danny tendido tranquilamente en la cama, con la cabeza apoyada en la almohada. La imagen empezaba a emborronarse.

Hannah miró, entornando los ojos, la densa semioscuridad de la casa. Y notó que la casa y la tierra, también estaban desapareciendo de su vista.

—Vuelve, Hannah —musitó su madre—. Vuelve con nosotros.

Hannah notó que empezaba a levitar. Mientras se elevaba, miró hacia abajo porque sabía que sería la última vez que dirigiese la mirada a la tierra.

—Le veo, mamá —dijo llena de emoción mientras se limpiaba las lágrimas de las mejillas—. Veo a Danny en su habitación. Pero la luz es cada vez más débil. Muy débil.

—Hannah, vuelve. Vuelve con nosotros —le dijo su madre en voz baja llamándola desde casa.

—Danny… ¡recuérdame! —gritó Hannah al ver claramente la cara de Danny entre la nebulosa oscuridad.

¿Pudo oírla Danny?

¿Pudo oír cómo le llamaba?

Hannah confió en que así fuese.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.